

La Responsabilidad de Mao en la Revolución Cultural

Autor: Miguel Muntaner Marqués

Tutor: Ander Permanyer Ugartemendia

Resumen

La Revolución Cultural fue una gran campaña de masas que provocó en China un período de agitación que se extendió por 10 años (1966-1976), dirigida por Mao contra importantes altos cargos del partido. La importancia que ha tenido en la historia contemporánea de China ha hecho que la Revolución Cultural haya sido objeto en el ámbito académico de numerosas interpretaciones divergentes, entre las cuales un elemento significativo es el de la responsabilidad de Mao sobre los eventos de la Revolución Cultural y su control sobre el movimiento. Para abordar el tema se estudiará el papel de la ideología maoísta, el desarrollo de la Revolución Cultural y se prestará especial atención a las organizaciones de masas: su papel, su interacción con Mao, su funcionamiento y las motivaciones de sus individuos.

Índice

1. Introducción
2. El Pensamiento de Mao Zedong y la Revolución Cultural
 - Las contradicciones entre el pueblo
 - La burocratización del PCCh
 - Lucha por la superestructura
 - Hacia la Revolución Cultural
3. Desarrollo de la Revolución Cultural
 - Orígenes de la Revolución Cultural
 - Los Guardias Rojos
 - La caída de Liu Shaoqi
 - El gran caos de 1967
 - El fin de los movimientos de masas
4. Interpretaciones
 - La Revolución Cultural como resultado de las tensiones sociales previas
 - Un caso de estudio: el faccionalismo dentro de los Guardias Rojos
 - Actores racionales
5. Conclusiones
6. Bibliografía

1. Introducción

El objetivo de este trabajo es realizar un estado de la cuestión crítico sobre el asunto de la responsabilidad de Mao en los eventos de la Revolución cultural, y evaluar dicha responsabilidad a través del estudio de otros agentes activos, particularmente las organizaciones de masas y entre ellas los guardias rojos. Dadas las características de la Revolución Cultural, especialmente durante la fase del movimiento de masas, considero esencial para valorar la responsabilidad de Mao responder a la pregunta de por qué los miembros de las organizaciones de masas actuaron como lo hicieron. En este punto he querido entroncar este trabajo con el que he realizado para la asignatura “Perspectivas históricas del presente de China” sobre los guardias rojos, centrándome así en los guardias rojos como agentes activos y conscientes, y las decisiones que toman, contrastándolo con los discursos sobre la responsabilidad de Mao.

El trabajo se estructura en tres partes. La primera de ellas está dedicada al análisis del pensamiento de Mao Zedong en relación con la Revolución Cultural, y cómo forma el marco ideológico en el que se explica y desarrolla la Revolución Cultural. La segunda parte trata del desarrollo de la revolución cultural durante la fase del movimiento de masas (1966-1969), donde se presta especial atención a las organizaciones de masas y a la relación de éstas con Mao, evaluando el control que éste y el centro ejercían, analizando así la dinámica entre ambos y cómo ésta da lugar a los principales acontecimientos del período. Finalmente una tercera parte es la parte interpretativa, en la que se incorporan diversas interpretaciones de varios autores sobre la Revolución Cultural, haciendo incapié en el por qué de la participación entusiasta por parte de los miembros de los movimientos de masas estudiando sus causas estructurales, lo que lleva a considerar la Revolución Cultural como una explosión de las tensiones sociales acumuladas en la sociedad china, y a considerar a los miembros de los movimientos de masas como actores racionales antes que como fanáticos que siguen ciegamente al presidente Mao.

2. El Pensamiento de Mao Zedong y la Revolución Cultural

El pensamiento de Mao Zedong, o maoísmo¹ comprende las aportaciones de Mao Zedong a la teoría y práctica del marxismo-leninismo. Este pensamiento no siguió siempre una línea fija, sino que se fue formando y modificando con el tiempo y las circunstancias, así como con las experiencias de su implementación, pero manteniendo elementos de continuidad. Entre las aportaciones maoístas destacan la adaptación del marxismo-leninismo a la realidad social china, y con ello el papel prominente que se le otorga a los campesinos en la revolución, las ideas sobre la “guerra popular”, fundamentada en la práctica durante el período en que Mao luchó en la guerrilla contra el KMT y las fuerzas japonesas, la capacidad de transformar la realidad social objetiva mediante las fuerzas subjetivas y la “actividad consciente”, y conceptos como el de “línea de masas” y “nueva democracia”. Son especialmente relevantes para la revolución cultural los conceptos maoístas sobre la persistencia de las categorías de clase y la continuación de la lucha de clases tras la revolución. Estas ideas forman el marco ideológico de la revolución cultural, y son las que la justifican y fundamentan, y por ello es preciso analizarlas para considerar el grado de responsabilidad de Mao. En este apartado se estudiarán las ideas principales del pensamiento de Mao Zedong que condujeron a la Revolución Cultural, y el desarrollo de estas ideas, explicando las circunstancias que condujeron a la formulación del concepto de Mao sobre la Revolución Cultural. Estas ideas se comenzaron a desarrollar a partir de la campaña de las cien flores, donde el elemento clave, la continuación de la lucha de clases después de la revolución, comenzó a tomar forma.

Las contradicciones entre el pueblo

Mao, en su trabajo de 1937 “Sobre las contradicciones”, argumenta que las contradicciones dan forma a la realidad y permean completamente todos los procesos de cambio. Estas contradicciones, sin embargo, no son necesariamente antagónicas y pueden

¹ (Nótese que en China oficialmente es siempre considerado como “pensamiento”, (Sixiang, 思想) y no “-ismo” (zhuyi, 主义) a diferencia por ejemplo del leninismo y otras ideologías, considerándose que no comporta una modificación fundamental de los planteamientos de Lenin.)

ser resueltas de diversas maneras. En la revisión de 1952, Mao afirmó que la contradicción entre ideas correctas e incorrectas dentro del partido comunista eran un reflejo de las contradicciones de clase, y dichas contradicciones podrían devenir antagónicas si los miembros del Partido que han cometido errores no los corrigen (Scharm, 1989)

Hacia 1956, con el avance de la colectivización del campo, la socialización de la industria privada y la eliminación de terratenientes y enemigos de clase, el octavo congreso del Partido Comunista, celebrado en septiembre, declaró que el sistema socialista había sido esencialmente establecido. Mao compartió explícitamente esta idea en una carta a Huang Yanpei, fechada en diciembre de 1956, donde afirmaba que las contradicciones de clase habían sido básicamente resueltas, si bien añadía que no completamente, y que las contradicciones ideológicas aún existían (Barnouin & Yu, 1993). En dicha carta usó por primera vez la expresión de “contradicciones entre el pueblo”(Scharm, 1993). En cualquier caso, hasta 1956 el tono de Mao fue suave y conciliatorio sobre la lucha de clases, especialmente en el rol de los intelectuales de origen burgués, además de técnicos y científicos, y abierto a la incorporación al partido de elementos no proletarios (Scharm, 1993).

El cambio de actitud que sobrevino fue dado principalmente por el resultado de la campaña de “las cien flores”. En los 50, Mao estaba preocupado por la lentitud del progreso económico en China, y expresó que la contribución de los intelectuales era esencial para el desarrollo de la revolución, y que había que dejar atrás el retraso económico, científico y cultural de China para alcanzar las naciones más avanzadas (Barnouin & Yu, 1993). Además, por entonces, los elementos intelectuales y técnicos eran aún mayoritariamente de orígenes burgueses y educados en occidente o Japón. Mao pensó que, alentando su participación en la vida pública, podría ganarse su lealtad (Scharm, 1989). En abril de 1956 fue presentada la política de las 100 flores y las 100 escuelas a fin de estimular el pensamiento independiente y la libertad de expresión, animando a los intelectuales a aportar su opinión en temas científicos y culturales. La política estaba excluida del debate, pero se permitió criticar la burocracia y la actitud de los oficiales del partido a fin de mejorar su funcionamiento. En febrero de 1957 Mao criticó la actitud soviética ante la cuestión húngara, atribuyendo la revuelta al aislamiento del Partido

Comunista respecto al pueblo y la represión de los intelectuales. Mao, en su discurso “Sobre el manejo correcto de las contradicciones entre el pueblo” argumentó que las contradicciones entre el pueblo se habían tratado e resolver mediante el terror, volviéndolas antagónicas. Por ello, invitó a que tales contradicciones en China fueran discutidas abiertamente y resueltas mediante métodos democráticos, tratando de aumentar el diálogo entre el Partido y los intelectuales (Barnouin & Yu, 1993).

Sin embargo, la campaña no resulto como Mao habría querido. Pronto llovieron duras críticas sobre las políticas del partido, el despotismo de sus miembros, las interferencias de miembros incompetentes del Partido en sus campos profesionales e incluso la validez del pensamiento Mao Zedong. Todo ello llevó al abrupto fin de la campaña en Junio de 1957, seguida inmediatamente de la campaña “anti-derechista”, que catalogó alrededor de medio millón de intelectuales que habían expresado críticas como “enemigos del pueblo” (Scharm, 1993).

A partir del fiasco de las cien flores, la actitud de Mao para con los intelectuales cambió radicalmente, calificándolos de derechistas burgueses y faltos de lealtad. Esto se reflejó en un cambio en la teoría política sobre las contradicciones, dejando en parte de lado la teoría de las contradicciones no antagónicas por una idea más pesimista. En Junio de 1957 afirmó que, si bien la lucha de clases había sido fundamentalmente eliminada en el sector productivo, el conflicto continuaba en los campos político e ideológico. En el 3° pleno del 8° Comité Central llegó a afirmar que “la contradicción entre el proletariado y la burguesía, entre el camino socialista y capitalista es sin lugar a dudas la principal contradicción en la sociedad china contemporánea”(Barnouin & Yu, 1993).

La burocratización del PCCh

A partir de entonces, un elemento central en el pensamiento de Mao Zedong será el creciente énfasis en la lucha de clases dentro de la sociedad china. Tras el Gran Salto Adelante, las categorías de clase esbozadas por Mao (dos explotadoras: una compuesta por el feudalismo, capitalismo burocrático, los derechistas... Y otra por la burguesía nacional, junto con dos explotadas: los obreros y los campesinos) se veían modificadas por la noción de que elementos privilegiados dentro del partido y los intelectuales podían constituir una clase embrionaria, si bien por el momento eran de origen burgués

acostumbrados a un alto nivel de vida, y se esperaba que con la educación política de las nuevas generaciones se resolviera (Scharm, 1989). En una nota editorial de un artículo de 1989, Mao consideró que las desigualdades resultantes de las compensaciones de acuerdo al trabajo como una expresión de la ideología de la derecha burguesa, un resultado de que el Partido contuviera un gran número de cuadros con importantes privilegios, siendo un nido de elementos burgueses o de mentalidad burguesa (Scharm, 1989)

La ruptura sino-soviética también tuvo su efecto sobre el pensamiento de Mao Zedong en este aspecto. Así, muchas de las críticas que se hicieron contra la Unión Soviética también tenían el propósito de referirse a la situación en China. En particular, Mao criticó que, tras la revolución de Octubre, los soviéticos habían fracasado a la hora de tratar con la derecha burguesa. Como resultado, una estratificación remanente de la época zarista se había abierto paso dentro de la sociedad soviética: la mayoría de cuadros del partido eran a su vez hijos de cuadros del partido, mientras que los campesinos y obreros no tenían posibilidades de ascenso social. Según Mao, los soviéticos no habían aplastado la “libertad burguesa” y por tanto la “libertad proletaria” no se había podido desarrollar adecuadamente (Scharm, 1989).

Estas críticas resonaron con la preocupación de Mao sobre la burocratización del Partido Comunista China. Como síntomas de contagio, señaló que sus colegas en el Partido estaban demasiado apegados a sus privilegios y se comportaban como grandes señores (Scharm, 1989). Echando un vistazo a la situación china, se puede ver que el PCCh había emprendido un proceso importante de institucionalización como resultado inevitable de su ascenso al poder, necesitando cierta especialización y burocratización para gobernar un país de 800 millones de personas y desarrollar en él radicales cambios sociales y económicos. El número de miembros del partido había pasado de 1,2 millones en 1949 a 17 millones en 1961, con el problema de que un gran número de miembros se había unido a fin de progresar en su carrera, y era difícil comprobar el compromiso revolucionario de los nuevos miembros. Además, al convertirse el Partido en el establishment, reclutaba preferentemente a los miembros más conformistas de la sociedad por encima de los tipos rebeldes y revolucionarios. Eso llevó al desarrollo de una mentalidad organizacional que penalizaba el desafío a las normas de la organización por principios políticos (Hong, 1979).

Como resultado de la tarea de gobierno, también cambió la relación del Partido con el resto de fuerzas sociales. Por ejemplo, tuvo conflictos con campesinos que se resistían a la colectivización al disponer ya de sus propios lotes de tierra, mientras que en la tarea de la industrialización estrechó en ocasiones lazos con la clase burguesa. Al mismo tiempo, las oportunidades de las masas de participar en los procesos de decisión declinaron abruptamente debido a la burocratización. Como consecuencia, el Partido pasó a estar cada vez más desvinculado del proletariado y a comportarse según sus propios intereses, convirtiéndose en un nuevo grupo social. Por ello, y siendo intrínseco al orden jerárquico en el que el Partido se había instalado, el Partido se convirtió en una nueva fuente de estratificación social (Hong, 1979).

Paralelo al problema de la burocratización del partido, está la tensión entre “rojo” y “experto”, o cómo combinar ideología política y conocimiento técnico. Tras el fracaso del Gran Salto Adelante, el Partido Comunista Chino trató de combinar ambos factores a fin de usar el conocimiento técnico para la revolución. Sin embargo, los “expertos” tendían a pensar tan sólo en términos prácticos, sacrificando empuje revolucionario e integridad doctrinal en favor del pragmatismo. Mao vio esto como un signo de burocratización (Hong, 1979).

En un discurso efectuado en enero de 1962, Mao avisó de que las viejas clases reaccionarias (terratenientes y burguesía) estaban preparando su retorno, y que aún en una sociedad socialista, nuevos elementos burgueses pueden estar produciéndose. En este punto Mao no deja claro si esta nueva burguesía naciente es el renacimiento de la vieja burguesía o un nuevo tipo de burguesía, adaptada a las condiciones de una sociedad socialista. Tampoco deja claro si estos nuevos elementos burgueses son individuales corrompidos por el mal uso de su poder, o un problema sistémico dentro del partido (Scharm, 1989). Más tarde, en el 10° pleno del 8° Comité Central, celebrado en Septiembre, enfatizó que la lucha de clases era inevitable en el periodo socialista, y que había un peligro constante de restauración capitalista. Por lo tanto conminó a su audiencia no olvidar nunca la lucha de clases y tenerla siempre presente. También anunció el lanzamiento de una campaña para contrarrestar el ataque “del capital y las fuerzas feudales” (Barnouin & Yu, 1993).

Esta intención se concretó en la “campaña por la educación socialista” en la

campaña de las “cuatro limpiezas”, orientada a las áreas rurales y destinada a la rectificación de los cuadros del partido políticamente, económicamente, organizativamente e ideológicamente; y la de los “cinco antis”, orientada a las ciudades y dedicada a combatir la burocratización, las desviaciones ideológicas y la corrupción. Sin embargo el alcance de estas campañas fue muy limitado. Mao, decepcionado, denunció entre 1964 y 1965 que un tercio de las comunas populares y las industrias estaban bajo control capitalista, que existía una clase burocrática dentro del partido, y la división del Partido Comunista en al menos dos facciones, la socialista y la capitalista, y que la “campaña por la educación socialista” se dirigía contra aquellos en el poder “que pretenden tomar el camino capitalista”(Barnouin & Yu, 1993).

Mao llegó a considerar que la relación entre los líderes del partido, con sus privilegios, y el resto de la sociedad, constituía una contradicción antagónica, y por lo tanto el Partido, y sus líderes, no podían ser simplemente purificados con el contacto con las masas, sino aplastados (Scharm, 1989)

Lucha por la superestructura

Otro campo en el que Mao veía el resurgimiento de las fuerzas capitalistas y feudales era el cultural. A partir de los 60 Mao empezó a ver tendencias preocupantes en la literatura y el ámbito académico, que serían un arma para atacar los fundamentos del socialismo a través del control de la superestructura. En el 10º congreso del Comité Central, Mao denunció ciertas corrientes literarias, afirmando que “Escribir novelas es popular estos días ¿verdad? El uso de novelas para actividades anti-partido es una gran invención. Cualquiera que quiera derribar un régimen político debe crear opinión pública y hacer trabajo ideológico preparatorio, lo que se aplica tanto a clases contrarrevolucionarias como revolucionarias (Scharm, 1989).

La visión de Mao sobre el arte y la literatura quedó establecida en el Foro de Yan’an sobre arte y literatura de 1942, permaneciendo mayormente inalterado desde entonces. Entonces afirmó que todo el arte, toda la literatura, pertenecen a clases definidas y están orientadas hacia líneas políticas definidas, negando la existencia del “arte por el arte” y el arte independiente de la política. Para Mao, la tarea de los escritores y artistas revolucionarios era crear arte socialista que sirva a la política proletaria, dirigido a

trabajadores, campesinos y soldados (Barnouin & Yu, 1993).

Por tanto las implicaciones de la denuncia en el 10º congreso era que las clases contrarrevolucionarias seguían en activo tratando de derribar la dictadura del proletariado, lo que requería una lucha constante en el ámbito de la superestructura para mantener el control. Con esto se da forma a la idea de continuar la revolución aún bajo la dictadura del proletariado, y el acento en la superestructura y las fuerzas subjetivas que es una característica del pensamiento de Mao (Scharm, 1989).

Estas afirmaciones llevaron a un movimiento de rectificación literaria y un proyecto de reforma de la ópera de Pekín, de la cual Mao era un reconocido aficionado (Barnouin & Yu, 1993). Pese a ello, la criticó como arte feudal. También realizó feroces críticas contra los intelectuales. Resaltó el rol negativo que tuvieron los intelectuales en algunos puntos de la historia china (Barnouin & Yu, 1993) y llegó a afirmar que no habría que leer demasiados libros, ni siquiera libros marxistas, pues con ello se corre el riesgo de convertirse en ratas de biblioteca, dogmáticos o revisionistas (Scharm, 1989), lo que concuerda con sus ideas de darle la máxima importancia a la práctica, pero contrasta con su conocida erudición en la historia y cultura china, además de otras áreas (Barnouin & Yu, 1992)

A partir de las críticas de Mao, un grupo de intelectuales radicales, generalmente provenientes de los departamentos de filosofía y ciencias sociales, empezaron a atacar el establishment académico. Eran un grupo de jóvenes bien formados en teoría marxista que defendían un enfoque de clase en las teorías filosóficas y sociales. Como nombres destacados encontramos a Guan Feng, Qi Benyu y Lin Jie. Este grupo, junto con Mao, llevaron a cabo una extensa crítica en los ámbitos de la filosofía, historia, economía y literatura, y especialmente de la educación, que en opinión de Mao, estaba dominada por la “dictadura de la burguesía” ya que los viejos valores burgueses seguían predominando (Barnouin & Yu, 1993).

Hacia la revolución Cultural

Una característica del pensamiento de Mao es la importancia del cambio. Siguiendo la tradición marxista, piensa que una regularidad en la sociedad humana es la ley del cambio, independiente de la voluntad humana, a lo que añade que el cambio no es

necesariamente un camino claro hacia el progreso humano, sino que puede ser progresivo o regresivo de acuerdo con la voluntad del hombre, pasando así de pasivo a activo. El signo de dicho cambio viene determinado por el resultado de la lucha de clases.

Esta visión del cambio le lleva a ver la sociedad China y su propia persona en perspectiva histórica, viéndose en el papel de acelerar la dirección del cambio. Además, viendo que las futuras generaciones determinarán la dirección del cambio en el futuro, considera que la mejor manera de asegurar el futuro es equipar las futuras generaciones con la correcta ideología, de ahí el énfasis en la superestructura. Dicha correcta ideología, según Mao, deriva principalmente de la práctica, que precede a la teoría. Además, el pensamiento de Mao es fuertemente dialéctico, enfatizando la mutua causalidad en parejas de opuestos. La política es un reflejo de la economía y la economía es un reflejo de la política (Hong, 1979).

. Con estos patrones de pensamiento, Mao veía en los cuadros del partido una clase burocrática plagada de defectos como evasión de responsabilidades, palabras vacías no correspondidas con acción, indiferencia hacia las necesidades del resto de la población y sobretodo aislamiento de las masas, lo que, teniendo en cuenta la importancia de conceptos como el de la “línea de masas” (según el cual el partido debe nutrirse de las ideas de las masas e interpretarlas) Mao consideraba anatema. Con el auge de la burocracia y un nuevo sistema de estratificación social basada en el poder político aún siendo abolida la propiedad privada, Mao pasó a admitir la continuación de la lucha de clases dentro de la sociedad socialista ampliando el concepto de clase. Así pues, consideró que la pertenencia a una clase no es constante (pese a la permanencia de las categorías de clase “rojas” y “negras” en la China socialista) pero la ideología permanece. Las clases se definen en parte ideológicamente. Justificó la continuidad de la lucha de clases considerando la superestructura independiente de la economía, y por tanto la superestructura burguesa puede perdurar aún después de la socialización de los medios de producción. Definiendo dialécticamente la relación entre la economía y la superestructura, Mao argumentó que el sistema socialista puede revertir al capitalismo (Hong, 1979).

Una diferencia importante respecto al leninismo, es que éste siempre identificó la amenaza de restauración capitalista con las tendencias capitalistas de los pequeños productores, mientras que Mao vio la amenaza en la emergencia de un nueva clase

burguesa dentro de la burocracia estatal y del partido, que corre el riesgo de perpetuarse y convertirse en hereditaria. En sus últimos años, Mao llegó a aceptar la conclusión lógica de sus premisas: que la nueva clase burguesa explota al proletariado a través de los mecanismos del sistema socialista (Scharm, 1989).

Para lidiar con la amenaza de restauración capitalista, Mao desarrolló el concepto de “Revolución Cultural”, un movimiento con los objetivos de eliminar aquellos en el poder que “estén tomando la vía capitalista”, repudiar las autoridades académicas burguesas y reaccionarias, y en último término la transformación de la superestructura para adecuarla al sistema socialista (Barnouin & Yu, 1993). Podemos ver que se estructura en varios niveles: simplemente eliminando los “burgueses” y “revisionistas” en el poder no es suficiente, pues existe todo un segmento social y académico detrás de ello, siendo los más problemáticos las autoridades académicas, por su capacidad de publicar y difundir su “ideología burguesa”. Mao consideraba la mayor parte de los intelectuales como “burgueses”, siendo sólo unos pocos auténticos intelectuales proletarios (Barnouin & Yu, 1993). Tomando el control del discurso intelectual y académico se puede pasar a controlar la superestructura a fin de lograr el objetivo final, que es una transformación completa de los corazones y las almas, eliminando el egoísmo y el individualismo y así lograr una verdadera sociedad igualitaria y socialista (Barnouin & Yu, 1993)

Para lograr sus objetivos, Mao se basó en la movilización de las masas. Era una estrategia ya empleada anteriormente (campana de las “cien flores” y el movimiento de educación socialista) si bien sin éxito (Hong, 1979). Tenía las ventajas de reducir la distancia entre el Partido y las masas, ser consistente con su visión de que las masas son las que hacen la historia, así como su aproximación a la democracia como “tratar los asuntos de las masas a través de las propias masas” (Scharm, 1989), ser especialmente apropiado para una situación en que las masas deciden quién debe ser purgado, y reforzar su propio poder al conectar él personalmente con las masas prescindiendo del aparato del partido. Para movilizar a las masas, aprovechó su posición de guardián de la ideología oficial para actuar a través de ella (Barnouin & Yu, 1993).

Andrew G. Walder (1991), en el ensayo *Cultural Revolution Radicalism: Variations on a Stalinist Theme*, dentro de la obra *New perspectives on the Cultural Revolution* (1991), argumenta que la Revolución Cultural, a diferencia de algunas concepciones que

la retratan como un movimiento con buenas intenciones pero cayó en excesos, con inspiraciones en la tradición china o en los orígenes del marxismo por su tono antiburocrático, tiene sus mayores conexiones con el stalinismo, específicamente con las purgas de los años 30. Ambos eventos, afirma Walder, se basan en una teoría de la conspiración, en los que enemigos ocultos dentro del partido y los remanentes del régimen anterior se conjuran para subvertir la revolución y volver al capitalismo. El objetivo tanto de la Revolución Cultural como del terror de Stalin era desenmascarar estos traidores y purgarlos. Esta manera de entender la Revolución Cultural explica la enorme violencia y persecuciones que ocurrieron como una expresión directa de la mentalidad política maoísta más que como consecuencias indeseadas. La retórica radical de la Revolución Cultural es bien conocida. Sin embargo frecuentemente no se ha tomado en serio y se ha tratado de racionalizar, interpretándola como arma en luchas políticas, pero ello no explica la violencia extrema.

La catalogación exacta de la ideología de la revolución cultural es complicada y ambigua. Comparte características con el conservadurismo en el sentido de la defensa de la ortodoxia ideológica y la alarma ante cualquier amago de reforma, interpretado como una vuelta al capitalismo, pero se diferencian por su ataque al propio partido, considerado ya corrupto, y sus métodos extremadamente subversivos, que chocan con la obsesión conservadora de mantener el control a toda costa. Las acusaciones contra el partido beben en buena parte de la retórica de la paranoia estalinista, si bien incorporan un elemento nuevo: la formación de una nueva burguesía dentro del Partido. De todos modos, argumenta, esta visión no es realmente innovadora, siendo el análisis en la práctica muy similar al discurso estalinista de los años 30 simplemente sustituyendo “nueva burguesía” por “traidores”. La crítica de la burocracia no se tradujo en un verdadero análisis de clase que indague en las raíces de esta nueva burguesía en las estructuras políticas y económicas. En este sentido, Stuart Scharm (1989) también afirma que la argumentación de Mao fracasó en “proveer un análisis serio de la relación entre el estamento burocrático y el resto de la sociedad, o alguna justificación real para llamarlo una clase”. A diferencia de pensadores como Djilas, los maoístas no consideraron los problemas que criticaban como sistémicos dentro de la dictadura del proletariado, sino atribuibles a la laxitud ideológica, la degeneración moral y la subversión de los enemigos de clase, lo que debía

ser resuelto mediante la revitalización del sistema original, ideas compartidas por los conservadores. Lo que realmente diferencia la Revolución Cultural del estalinismo es en la solución de tipo fundamentalista, con una extraña rebelión que implica la lealtad total a un líder deificado (Walder, 1991).

Otro problema de la doctrina de Mao sobre la Revolución Cultural es su ambigüedad e inconsistencia, lo que dio lugar a diversas interpretaciones, que a grandes rasgos se pueden dividir en tres grupos: el radicalismo ortodoxo, el radicalismo heterodoxo y el radicalismo disidente. El ortodoxo es el más cercano a la teoría estalinista y busca los contrarrevolucionarios en las filas de las antiguas clases explotadoras, los intelectuales y la tradición antigua, ignorando las teorías de Mao sobre la nueva burguesía formada a partir de los privilegios de los miembros del Partido. Era común principalmente entre las filas de los hijos de miembros del Partido de alto nivel, y dio pie al desarrollo de la teoría de la línea de sangre, según la cual los hijos de los revolucionarios son naturalmente “rojos” y de confianza. El heterodoxo atacaba directamente a miembros del partido para purgarlos. Para los heterodoxos, el Partido se estaba pudriendo desde dentro y establecieron una caza de brujas para purgar cuadros corruptos o revisionistas para ser reemplazados por leales a Mao. Su composición social era más variada y con el tiempo se convirtió en el pensamiento dominante tanto en la facción conservadora como en la rebelde. Los disidentes, por último, desarrollaron una crítica del Partido que no atacaba las individualidades, sino al propio sistema, por lo que demandaban una reforma y reestructuración completa del sistema de poder y privilegios. Sin embargo fueron reprimidos por el ejército, lo que evitó que la revolución cultural fuera un verdadero movimiento antiburocrático popular (Walder, 1991)

Los puntos que Walder quiere resaltar son que la insistencia radical en la lealtad a la correcta doctrina marxista-leninista impidió el desarrollo de una alternativa política que evite los errores del estalinismo, que los maoístas reprodujeron constantemente en una nueva forma; y que los fallos, crímenes y desastres son inherentes a la doctrina de la Revolución Cultural y su carácter paranoico, y no unos excesos no deseados. Mao comenzó a desarrollar la doctrina de la Revolución Cultural a partir de la campaña de los cien días, con la consiguiente desilusión con los intelectuales, que le llevó al convencimiento de que la lucha de clases no estaba resuelta y China podía volver al

capitalismo. Posteriores eventos y la tendencia a la burocratización del Partido llevaron a dar forma a la teoría de la formación de una nueva clase burguesa en el seno del partido. Estas ideas constituyeron el detonante y el marco en el que se desarrolló la Revolución Cultural. Según Walder (1991), los crímenes asociados a la Revolución Cultural son inherentes a la ideología de ésta.

3. Desarrollo de la Revolución Cultural

En este apartado se explica el desarrollo de la fase del movimiento de masas de la Revolución Cultural (1966-1969), concluida en el 9º congreso del Partido Comunista. Se prestará especial atención a las organizaciones de masas y a la relación de éstas con Mao y el centro, tratando de dilucidar la dinámica entre ambos y cómo ésta produjo los principales acontecimientos del periodo.

Orígenes de la Revolución Cultural

El ascenso al poder de Mao dentro del Partido Comunista Chino se vio coronado en 1943 durante el período de Yan'an, cuando fue reconocido como representante de la línea política "correcta" y accedió al máximo liderazgo dentro del Partido, siendo elegido presidente del Politburó y del secretariado del Comité Central, con poder de veto (Barnouin & Yu, 1993). En 1945 el pensamiento de Mao Zedong fue reconocido como ideología del Partido, consolidando completamente la posición de Mao, que en 1949 se convirtió en Jefe de Estado tras la toma del poder, con Liu Shaoqi como su segundo.

Al poder político de Mao se le sumó el culto a la personalidad. Dicho culto derivaba del pasado imperial, llegando a ser comparado Mao con Qin Shi Huangdi (259-210 a.c.) primer emperador y unificador de China. El culto fue potenciado por la propaganda oficial, que presentaba a Mao como el gran salvador de la nación, y se instaba a los intelectuales a leer y estudiar las obras de Mao. El culto fue respaldado por todo el liderazgo del Partido, del que se beneficiaban en buena medida, pues era usado para reforzar la disciplina. El culto de la personalidad se intensificó a partir de los 60, en un movimiento llevado a cabo por Lin Biao por medio del ejército, alentado por el propio

Mao. La publicación del libro *citato del presidente Mao*, conocido en occidente como *pequeño libro rojo*, en 1964 representó la culminación de dicho movimiento (Barnouin & Yu, 1993).

Paralelamente, en 1958 Mao se retiró de la jefatura del estado, tras el desastre del Gran Salto Adelante (Barnouin & Yu, 1993), pasando a un segundo plano y dedicándose al trabajo teórico. Es en este período cuando se produce el alejamiento progresivo de Mao respecto al resto de líderes del Partido, debido a sucesivos desencuentros sobre las políticas emprendidas, que Mao acusaba de alejarse de la teoría marxista-leninista. Mao tenía la sensación constante de que estaba siendo ignorado, en contraste con la creciente ascendencia de Liu Shaoqi, ahora jefe de estado (Barnouin & Yu, 1993). En este tiempo también se produjo la radicalización del pensamiento de Mao Zedong, explicada en el anterior apartado. Empezó a agrupar a su alrededor a una serie de personajes que estaban de acuerdo con sus planteamientos radicales. Dichos personajes fueron ascendiendo en poder de manera que al llegar la Revolución Cultural ya eran figuras políticas en posición de autoridad que pudieron hacerse cargo de la situación (Barnouin & Yu, 1993).

El más importante de este grupo es Lin Biao, ministro de defensa desde 1959, quien tuvo un papel clave en la politización del ejército. Su importancia quedó reflejada en el hecho de que en 1966 fue nombrado sucesor oficial de Mao Zedong, aunque caería en desgracia más tarde. Tras Lin Biao encontramos a Kang Sheng, que destacó por sus denuncias de revisionismo al campo académico y literario. También estaba Jiang Qing, esposa de Mao. Antigua actriz, durante los primeros años del maoísmo el aparato del Partido le recomendó que se mantuviera al margen de la política (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009), dedicándose por tanto al ámbito cultural y adoptando un perfil bajo hasta los 60. Colaborando con Kang Sheng, pasó a la crítica del revisionismo en el arte y la literatura. Otros miembros del grupo de Mao eran Chen Boda, vicepresidente de la academia de marxismo-leninismo de Pekín, donde desarrolló un importante trabajo teórico; Zhang Chunqiao, oficial del Partido en Shanghai, y Yao Wenyuan, el más joven del grupo, trabajó como crítico literario en Shanghai bajo la dirección de Zhang Chunqiao.

Primeros movimientos

Previamente al inicio oficial de la Revolución Cultural, el 16 de Mayo de 1966 se produjeron algunos incidentes y purgas que prepararían el terreno. El primero fue el caso de Wu Han y su obra *Hai Rui cesado de su cargo*. Dicha obra, publicada en 1961, relataba la historia de un funcionario de la dinastía Ming, Hai Rui, que expresó las miserias y quejas de los campesinos al emperador Jiajing y fue destituido por ello. Si bien en su momento fue revisada e incluso elogiada por el mismo Mao, ahora se convertía en el pretexto de una campaña dirigida contra los más altos niveles del partido, lo que constituiría el pistoletazo de salida de la Revolución Cultural.

Peng Zhen, alcalde de Pekín y número dos en el secretariado central, lideraba el Grupo de los Cinco, formado en respuesta a las denuncias de Mao en el ámbito cultural, con la tarea de trabajar en este ámbito. Sin embargo, Kang Sheng era el único miembro del grupo seguidor de Mao. Wu Han era vicealcalde de Pekín y protegido de Peng Zhen, por lo que atacarle a él serviría para implicar a éste. Mao Zedong maniobró enviando a su esposa Jiang Qing a Shanghai, fuera del ámbito de poder de Peng Zhen, donde contactó con Yao Wenyuan a través de Zhang Chunqiao. Yao escribió un artículo, afirmando que la obra sobre *Hai Rui* era en realidad una analogía a la destitución de Peng Dehuai en 1959 tras criticar el Gran Salto Adelante, y por tanto, un ataque contra Mao (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009).

La publicación del artículo de Yao Wenyuan, en Noviembre de 1965, desencadenó una amplia polémica, que Peng Zhen trató de encarar afirmando que era un debate estrictamente académico, no político. Al mismo tiempo, se produjo la purga de Luo Ruiqing dentro del ejército. Luo, jefe de estado mayor, tenía discrepancias fundamentales con Lin Biao sobre el rol de la política en el ejército (la polémica de “rojo y/o experto”), donde Lin Biao enfatizaba la importancia del adoctrinamiento político e ideológico del ejército, mientras que Luo no lo consideraba más importante que el entrenamiento puramente militar. Además, el poder que estaba acumulando Luo era percibido por Lin Biao como una amenaza a su posición. Por lo tanto, Luo Ruiqing fue acusado de oponerse al pensamiento de Mao Zedong, de conspirar para obtener el cargo de ministro de defensa y de introducir una línea ideológica burguesa en el ejército (Barnouin & Yu, 1993). Luo fue sometido a sesiones de crítica por el Comité Permanente del Politburó y trató de suicidarse el 18 de Marzo de 1966, lo que fue considerado como una admisión de

culpabilidad. Esta maniobra afirmó el control de Lin Biao sobre el ejército. (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009)

Entretanto, la polémica y las críticas sobre la obra de Wu Han se enraizaba y se extendía a otras obras. En febrero de 1966 Peng Zhen reunió al Grupo de los Cinco para redactar lo que sería el “esbozo de Febrero”, autorizado por Mao. El esbozo elogiaba la búsqueda de la verdad en los hechos, y confirmaba la versión de la polémica como de crítica académica. Sin embargo este mismo esbozo fue utilizado contra Peng Zhen, siendo denunciado por Kang Sheng y Chen Boda como prueba definitiva de revisionismo. Peng Zhen fue agrupado junto con Luo Ruiqing y otros dos funcionarios del partido, Yang Shangkun y Lun Dingyi (directores de la oficina general del partido y del departamento de propaganda respectivamente, ambos purgados con diversos pretextos y sustituidos por maoístas) como una “camarilla anti-partido”, cayendo así en desgracia. Tras ello, el Grupo de los Cinco fue disuelto y se formó el Grupo Central para la Revolución Cultural, bajo el liderazgo de Chen Boda e incluyendo a Jiang Qing, Kang Sheng, Zhang Chunqiao y Yao Wenyuan, entre otros. El Politburó, bajo la supervisión de Mao, emitió la notificación del 16 de Mayo, que repudiaba el esbozo de Febrero y conminaba al Partido a exponer y criticar las autoridades académicas “reaccionarias y burguesas” y sus ideas, y a atacar a “los representantes de la burguesía infiltrados en el Partido, el gobierno, el ejército y varios círculos culturales” previniendo sus actividades contrarrevolucionarias y revisionistas (Barnouin & Yu, 1993). Esta notificación constituye el inicio oficial de la Revolución Cultural.

La pancarta de Nie Yuanzi

Kang Sheng, como siguiente paso en la Revolución Cultural, y siguiendo las intenciones de Mao de lanzar un ataque sobre la cúpula del Partido, envió a su mujer Cao Yi'ou a la Universidad de Pekín, o Beida, donde contactó con su amiga Nie Yuanzi, secretaria de sección del partido perteneciente al departamento de filosofía de la Universidad, para preparar un ataque contra la dirección de la Universidad, como medio a partir del cual atacar a la cúpula del Partido. Nie Yuanzi colgó en el campus de dicha universidad un *dazibao* o pancarta de grandes caracteres el día 25 de mayo de 1966, en la que se denunciaba a la dirección de la Universidad como revisionista y contraria a Mao,

causando de inmediato gran agitación. Más tarde, el día 2 de junio la pancarta fue publicada en el *Diario del Pueblo*, propagando el mensaje. Pronto fue imitada en otras escuelas y universidades, donde los estudiantes comenzaron a denunciar a los profesores y miembros del partido que juzgaban contrarios al pensamiento de Mao. Esta agitación fue el germen del movimiento de los Guardias Rojos.

Ante la ausencia de Mao de Pekín, Liu Shaoqi envió equipos de trabajo a las instituciones educativas de Pekín, lo que fue seguido del mismo movimiento en las provincias. Los grupos de trabajo estimularon la escritura de *dazibao* por parte de los estudiantes criticando profesores y denunciando revisionistas (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009) Los equipos de trabajo inicialmente fueron bien recibidos, pero pronto encontraron resistencia al verse que dichos equipos eran tan hostiles contra la izquierda revolucionaria (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009) como contra las antiguas autoridades universitarias denunciadas. De hecho, hubo declaraciones de altas autoridades del partido que daban a entender que el objetivo de los equipos de trabajo era identificar a los estudiantes más elocuentes y radicales, para posteriormente purgarlos (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009). Los equipos de trabajo calificaron a sus oponentes como “fantasmas y monstruos”, y numerosos estudiantes fueron denunciados y condenados como contrarrevolucionarios y derechistas (Barnouin & Yu, 1993)

Mao volvió finalmente a Pekín el 18 de julio, donde se reunió con el Comité Permanente del Partido y el Grupo Central de la Revolución Cultural (En adelante, GCRC), declarando que los equipos de trabajo habían obstruido el movimiento y representaban un error de orientación y línea política. Mao reafirmó su autoridad y Liu no se atrevió a oponerse. El 28 de julio los equipos de trabajo fueron finalmente retirados, quedando la dirección de la revolución cultural en las instituciones educativas a cargo de comités formados por los propios estudiantes y profesores revolucionarios. La oposición o adhesión a los equipos de trabajo marcó la primera línea divisoria en los Guardias Rojos entre la facción mayoritaria, etiquetados de conservadores, que había apoyado a los equipos de trabajo; y la facción minoritaria, los rebeldes, que se había opuesto (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009).

El 11º congreso del 8º comité del Partido Comunista se celebró entre el 1 y el 12 de Agosto de 1966. En él, Mao criticó duramente las acciones de los equipos de trabajo,

comparándolos con las represiones llevadas a cabo por el Guomindang y los Señores de la Guerra, llevando a Liu a hacer una autocrítica y asumir plena responsabilidad por los errores². Sin embargo, Mao, exasperado porque buena parte del Comité Central estaba de parte de Liu Shaoqi, escribió él mismo un *dazibao* el 5 de agosto. La famosa pancarta “Bombardead los cuarteles generales” elogiaba la pancarta inicial de Nie Yuanzi y atacaba directamente al más alto nivel del Partido Comunista, acusándolo de formar una clase burguesa y reaccionaria que pretendía suprimir la Revolución Cultural. Pocos días después se aprobó la “Decisión del Comité Central del Partido Comunista Chino sobre la Gran Revolución Cultural Proletaria”, más conocido como los Dieciséis Puntos, donde se definían los objetivos de la Revolución Cultural, que incluían tanto las esferas culturales y educativas como “aquellos dentro del Partido que detentan el poder y que están adoptando la vía capitalista” (si bien muchos de los Guardias Rojos iniciales pasaron por alto este primer punto), y daba carta blanca a los estudiantes radicales a desmandarse sin impedimentos (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009). Por último, se eligió un nuevo Comité Permanente del Politburó, imponiéndose finalmente el orden deseado por Mao pese a no coincidir realmente con el resultado de las votaciones: Mao, Lin Biao, Zhou Enlai, Tao Zhu, Chen Boda, Deng Xiaoping, Kang Sheng, Liu Shaoqi, Zhu De, Li Fuchun y Chen Yun. Destacan la nueva posición de Lin Biao como único vicepresidente y nuevo sucesor de Mao, la degradación de rango de Deng Xiaoping y Liu Shaoqi, y la entrada de los destacados maoístas Chen Boda y Kang Sheng (Barnouin & Yu, 1993).

Los Guardias Rojos

Los Guardias Rojos son probablemente el elemento más característico de la fase de movimiento de masas de la Revolución Cultural, y fueron instrumentales en la estrategia de Mao de movilizar a las masas para atacar el Partido y la superestructura.

La primera organización de Guardias Rojos fue creada por un grupo de estudiantes del instituto de secundaria de la Universidad de Tsinghua el día 28 de Mayo, y, al calor de los acontecimientos de junio y julio, se extendió rápidamente por diversas instituciones educativas, creándose cientos de grupos estudiantiles autodenominadas como “Guardias Rojos”. Pese a su falta de organización y los conflictos constantes entre diversos grupos,

² La respuesta de Mao fue, sarcásticamente, que había ejercido muy bien la dictadura en Pekín.

se caracterizaban por llevar un brazalete rojo con caracteres dorados y, principalmente, por su lealtad incondicional hacia el presidente Mao (Luo Xu 2010).

El movimiento de los Guardias Rojos recibió el espaldarazo definitivo con la carta que el día 1 de agosto dirigió Mao a los Guardias Rojos del instituto de Tsinghua. Días antes, el 28 de julio, un grupo de estudiantes hicieron llegar a Mao, a través de su mujer Jiang Qing, dos de sus pancartas junto con una nota explicativa. Mao escribió una entusiasta respuesta, en la que daba su pleno apoyo al movimiento y a “todos los que adopten una iniciativa similar a la vuestra en el movimiento de la Revolución Cultural” (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009) . En esta carta se enunció por primera vez la expresión “Rebelarse es justo”, que serviría de justificación a las acciones de los Guardias Rojos.

El movimiento de los Guardias Rojos creció enormemente y miles de ellos comenzaron a viajar a Pekín. En contra de la opinión del Grupo Central de la Revolución, Mao favoreció estos viajes, y a partir del 18 de agosto se convocaron ocho concentraciones masivas de Guardias Rojos. El primer encuentro fue especialmente notable. Reunió alrededor de un millón de personas, mayoritariamente Guardias Rojos, en la plaza Tiananmen. 1500 de ellos fueron llevados al estrado para saludar a Mao y los demás dirigentes. En un momento de enorme importancia para el movimiento, Song Binbin, una de las estudiantes, le colocó un brazalete de Guardia Rojo al presidente Mao, momento que fue captado por las cámaras y le otorgó definitivamente legitimidad. Al saber Mao que el nombre de la estudiante, Binbin (彬彬), significaba “delicada”, éste afirmó que debería “Ser marcial” (要武), lo que fue interpretado como una indicación de Mao de que los Guardias Rojos debían ser aún más agresivos en sus acciones (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009).

El día 1 de junio, un editorial del Diario del Pueblo llamó a la destrucción de “los Cuatro Viejos”, esto es, las viejas ideas, la vieja cultura, las viejas costumbres y los viejos hábitos, que supuestamente seguían envenenando la sociedad china (Luo Xu 2010). Dicho llamamiento fue secundado más tarde en el documento de “los Dieciséis Puntos”, donde se los definía como “de las clases explotadoras para corromper a las masas, capturar sus mentes e intentar volver al escenario” (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009, p.143). El llamamiento fue asimismo refrendado en el discurso de Lin Biao en la

concentración del 18 de agosto, en la que llamó a destruir enérgicamente todo lo que significara la cultura antigua.

Los Guardias Rojos se dispusieron enérgicamente a la acción. Una de las prácticas más extendidas fue el cambio de nombres, principalmente de calles, pero también de todo tipo de instituciones, establecimientos, publicaciones e incluso nombres de pila de los Guardias Rojos [por ejemplo, Liang Heng relata en su biografía *Son of the Revolution* (1984) que uno de sus compañeros cambió su nombre de Wen Jianping (Wen establecer la paz) a Wen Zaofan (Wen rebelde)]. Los nombres que pudieran tener connotaciones feudales eran sustituidos por otros más revolucionarios. La calle “Cinco generaciones bajo un techo” (referido a una virtud confuciana) de Chengdu fue renombrada como calle “Destruyamos lo antiguo”, y la calle donde se situaba la embajada soviética en Pekín fue renombrada como calle del Antirrevisionismo. Por unos días, los Guardias Rojos trataron de hacer circular el tráfico por la izquierda, causando bastante caos, hasta que Zhou Enlai convenció a los líderes de la Guardia Roja de Pekín de dejarlo (Jung, 1993) Jung Chang, autora de *Cisnes Salvajes* (1993), relata una anécdota acerca de varios Guardias Rojos que trataron de cambiar el nombre de la calle donde ella vivía, pero lo dejaron correr al no poder alcanzar la placa con el nombre, situada a demasiada altura. Esto revela el carácter en muchas ocasiones improvisado del movimiento.

Este es el aspecto más inocuo de la actuación de la Guardia Roja, pero pronto se emprendieron acciones más graves. En el verano de 1966, los Guardias Rojos registraron y saquearon las casas de familias de origen burgués, consideradas enemigas de clase. Entre agosto y septiembre, sólo en Shanghai se saquearon 84.222 casas de familias burguesas, mientras que en Pekín fueron 33.695, obteniéndose un inmenso botín, en el que figuraban por ejemplo 65 toneladas de oro. Los ciudadanos pertenecientes a las “Cinco Categorías Negras” (terratenientes, campesinos ricos, reaccionarios, vándalos y derechistas) fueron frecuentemente atacados personalmente y humillados, y muchos de ellos fueron expulsados de las ciudades en un proceso llevado a cabo conjuntamente por las autoridades y los Guardias Rojos. En total, 397.000 fueron enviados al campo en toda China (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009).

El patrimonio cultural también fue atacado, destruyéndose numerosas obras de arte, reliquias, tumbas, bibliotecas y templos; destacándose la destrucción del templo de

Confucio en Qufu en noviembre de 1966 por un equipo dirigido por Tan Houlan, donde además de devastar el lugar, organizaron concentraciones de masas locales para denunciar la filosofía de Confucio. Estos actos de destrucción fueron en todo momento aplaudidos y alentados por los organismos oficiales y la prensa del partido. Sin embargo, Zhou Enlai, como control de daños, trató de restringir el comportamiento de los Guardias Rojos, sin éxito, y enviar al ejército a proteger la Ciudad Prohibida y otros puntos clave de Pekín. En total, fueron destruidas 4922 de las 6847 reliquias culturales registradas en la capital (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009).

Los Guardias Rojos también participaron, en cooperación con las autoridades, en importantes procesos de “repatriación” de elementos considerados derechistas, reaccionarios o de clase burguesa o terrateniente, expulsados de las ciudades hacia los pueblos de los que provenían sus ancestros. En Pekín, las repatriaciones eran organizadas por la organización de Guardias Rojos denominada “Piquetes de la ciudad occidental”, respaldada por el Secretariado General del Consejo de Estado y las autoridades municipales. Unos 77.000 residentes de Pekín, el 1,7% de la población total, fue expulsada, siendo unos 397.000 en toda China.

Los Guardias Rojos también fueron instrumentales para Mao para acabar con sus enemigos dentro del partido. El 5 de agosto Mao escribió la pancarta “Bombardead los cuarteles generales”, atacando directamente al más alto nivel del Partido Comunista, acusándolo de formar una clase burguesa y reaccionaria que pretendía suprimir la revolución cultural. En el documento de los Dieciséis Puntos, se indicaban como blancos principales los elementos del Partido en el poder que trataban de adoptar la vía capitalista, y se daba carta blanca a la Guardia Roja, aunque no mencionada explícitamente, a atacar a aquéllos sin restricciones. Los Guardias Rojos quedaron convencidos con esos mensajes de que la revolución cultural se trataba de una lucha entre el sector proletario de Mao y el cuartel general revisionista liderado por Liu Shaoqi y Deng Xiaoping. Se desató una oleada de humillaciones, torturas y asesinatos de miembros del Partido presuntamente revisionistas y contrarrevolucionarios. Bajo el paraguas del Documento Central 410, ratificado por Mao el 22 de Agosto, que impedía a la policía parar a los Guardias Rojos, se produjeron entre agosto y septiembre 1.772 asesinatos en Pekín, 534 en Shanghai y 32 en Wuhan, además de 704 suicidios en Shanghai y 62 en Wuhan derivados de las

humillaciones recibidas. Los profesores, tanto de secundaria y universidad, fueron también un blanco habitual de los ataques de los Guardias Rojos. Muchos de ellos fueron sujetos a sesiones de crítica y humillaciones como ser relegados a limpiar los retretes. En muchas ocasiones estas humillaciones culminaban en torturas y asesinatos. Según el testimonio de un trabajador de limpieza que tuvo que instruir a los profesores, muchos de ellos acabaron suicidándose (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009).

A partir del invierno, se organizaron multitudinarias sesiones de crítica contra los elementos revisionistas, que eran humillados públicamente en estadios y otros grandes recintos frente a miles de Guardias Rojos que gritaban consignas. En estas sesiones eran humillados, entre otros, altos cargos del partido como Peng Zhen, Peng Dehuai o Wang Guangmei, esposa de Liu Shaoqi (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009).

Los Guardias Rojos estuvieron lejos de constituir un movimiento unificado. En su lugar, se vieron fracturados por divisiones internas prácticamente desde los inicios. En cada localidad y centro de estudios, los Guardias Rojos se dividieron en al menos dos facciones, divididas por orígenes familiares, ideología, o intereses estratégicos. Si bien todas coincidían, al menos retóricamente, en su lealtad a Mao y su lucha en defensa de la revolución y contra los enemigos revisionistas y capitalistas, las divisiones y los enfrentamientos entre ellos podían ser tan violentas como la persecución de los enemigos de clase, y constituyeron uno de los frentes de la guerra civil entre facciones “conservadoras” y “radicales” que se desataría de forma generalizada a partir del verano de 1967. (Walder, 2006).

La caída de Liu Shaoqi

A partir del 11° pleno, la Revolución Cultural pasó a revertir las políticas de Liu Shaoqi y a limpiar el partido de “elementos burgueses”. Pero debido a la relativa debilidad de los radicales y a la resistencia en el liderazgo del partido, el GCRC buscó cada vez mayor apoyo desde las masas para convertir la Revolución Cultural en una campaña de toda la nación contra el *establishment* del partido (Barnouin & Yu, 1993). El 1 de octubre de 1966, un editorial del *Bandera Roja* expuso al público la existencia de dos líneas políticas opuestas: la proletaria revolucionaria representada por Mao, y la burguesa reaccionaria que debía ser criticada y repudiada. Ese mismo octubre, Mao

convocó una conferencia del Comité Central en la que Liu Shaoqi y Deng Xiaoping hicieron autocrítica, y los errores de Liu fueron considerados como un error de línea política, habiendo formulando una línea burguesa reaccionaria, pero aún no era considerado un “enemigo del pueblo” (Barnouin & Yu, 1993).

Las masas movilizadas en forma de Guardias Rojos tomaban en ocasiones la iniciativa en la Revolución Cultural (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009). Pese a la negativa expresa de Mao a la aparición de *dazibao* atacando directamente a Liu Shaoqi y Deng Xiaoping, estos carteles empezaron a aparecer en gran número desde la conferencia de octubre, y pronto se extendió a otros objetivos, acusados de seguir la “línea Liu-Deng”. En noviembre y diciembre se produjo una oleada de críticas que, careciendo de indicaciones claras sobre lo que representaba la “línea burguesa reaccionaria”, atacó a cualquiera que tuviera poder, incluyendo a notorios “izquierdistas” como Lin Biao y Jiang Qing, e incluso aparecieron carteles que consideraban el GCRC como “un escollo” para la Revolución Cultural. Muchos de estos ataques no seguían generalmente un patrón antiizquierdista, al encontrarnos muchos casos en los que el crítico de Lin Biao alababa a Jiang Qing o viceversa (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009). Pero también se desarrolló una crítica más sistemática por parte de los Guardias Rojos iniciales, que formaron la vanguardia del movimiento de “Destruir los Cuatro Viejos”, pero que ahora se oponían a la crítica generalizada a los veteranos del partido, y atacaron al GCRC que, en su opinión, no representaban al Presidente Mao. Organizados en el Comité de Acción Unida, fueron duramente reprimidos en enero de 1966 (Barnouin & Yu, 1993)

El 9 de noviembre, un grupo de Guardias Rojos de la universidad de Tianjin escribió a Zhou Enlai afirmando tener información que probaba que Liu Shaoqi y otros dirigentes veteranos del Partido Comunista eran en verdad “renegados”, y reclamaban poder llevar cabo una investigación. Estas investigaciones de Guardias Rojos fueron empleadas por el GCRC para realizar tareas delicadas en las que pudiera ser necesario negar su complicidad. No hay mucha información existente sobre este tema, pero se puede saber que en un caso bien documentado ocurrido en primavera de 1967, un grupo de investigadores fueron instruidos para no divulgar la implicación del GCRC ni investigar nada que no se supusiera que tuvieran que saber nada.³ (R. MacFarquhar &

³ Dicho grupo finalmente pinchó en hueso al sacar a la luz sospechas sobre Zhou Enlai, y fueron degradados e

M.Schoenhals. 2009). En torno a diciembre, miembros del GCRC empezaron a intervenir directamente para encauzar los ataques de los Guardias Rojos sobre Liu y Deng. El 18 de diciembre, Zhang Chunqiao convocó a Kuai Dafu para alentarle a seguir atacando a Liu Saoqi, y el 27 de diciembre, Jiang Qing, en un encuentro con Guardias Rojos, invalidó las palabras de Mao en contra de los carteles contra Liu Shaoqi, asegurándoles que ahora eran libres de actuar como quisieran (Barnouin & Yu, 1993).

El 1 de enero, un grupo de radicales entró en la casa de Liu Shaoqi y su esposa y los sometieron a diversas humillaciones, situación que se repitió el 3 y el 12 de enero. Los ataques contra Liu Shaoqi se intensificaron aún más en primavera de 1967. Su esposa, Wang Guangmei, fue acusada de espionaje, y el 30 de marzo un artículo de *Bandera Roja*, escrito por Qi Benyu con aprobación de Mao, exponía una larga lista de crímenes políticos atribuidos a Liu. Desde finales de 1966, Liu vivía confinado en su residencia, y pese a que nunca fue expuesto a la humillación pública masiva como otras figuras del Partido, soportó varias sesiones de crítica en Zhongnanhai. Fue arrestado y separado de su mujer y sus hijas en verano de 1967, y murió finalmente de neumonía en 1969 (Barnouin & Yu, 1993).

El gran caos de 1967

A partir de otoño de 1966 surgió la cuestión de la participación de obreros y campesinos en la revolución cultural, asunto frenado por la necesidad de que éstos permanecieran en sus puestos de trabajo para sostener la economía. Sin embargo, la cuestión se decidió forzada por los acontecimientos, cuando el 6 de noviembre un grupo de obreros rebeldes de Shanghai crearon el Cuartel General de los Obreros Rebeldes Revolucionarios de Shanghai, provocando una crisis con el comité del Partido de la ciudad, que llevó a niveles superiores con un enfrentamiento entre Zhang Chunqiao, que reconocía y satisfacía las peticiones del Cuartel General de los Obreros, y Tao Zhu, que tildaba su acción de errónea. Entonces Mao Zedong intervino en favor del primero y Tao Zhu tuvo que realizar una autocrítica. Los eventos de Shanghai se extendieron al resto del país con la promulgación en diciembre de los “Diez puntos sobre la Industria” y los “Diez puntos sobre los núcleos rurales”, afirmando el derecho de obreros y campesinos a formar

organizaciones revolucionarias, aunque sin descuidar la producción, el establecimiento de Guardias Rojos campesinos y la aparición en los núcleos rurales de concentraciones y pancartas en grandes caracteres. Estas medidas tenían un enorme potencial revolucionario, pues ahora todos los millones de chinos estaban impelidos a hacer la revolución (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009).

Las consecuencias no se hicieron esperar. En Shanghai, el Cuartel General de Obreros Rebeldes se convirtió en el principal enemigo del Comité del Partido tras absorber a los Guardias Rojos locales. El Comité del Partido, en horas bajas pero aún con fuerza, creó el grupo de Guardias Escarlatas en su defensa. La división en facciones reflejaba cierta división social: gran cantidad de obreros contratados temporalmente y en situación precaria apoyaban al Cuartel General de los Obreros Rebeldes, mientras que los obreros asalariados en buena posición apoyaban al comité del partido (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009).

El 28 de diciembre Zhang Chunqiao ordenó al CGOR que pasara a la acción tras haber recibido informaciones de que los guardias escarlatas habían registrado su casa y planeaban cortar el agua, la electricidad y las comunicaciones. El día 30 de diciembre se produjo una lucha armada a gran escala en la que los rebeldes resultaron victoriosos, considerado el inicio de la lucha violenta a nivel nacional (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009). Días después, y tras la toma de los medios de comunicación por los rebeldes, el 6 de enero se produjo una manifestación masiva en la Plaza del Pueblo de Shanghai, también alentada por Zhang, que representó la culminación de la toma del poder por parte de los rebeldes (Barnouin & Yu, 2006).

Mao recibió la noticia de los hechos de Shanghai elogiando la labor de los rebeldes. El día 9 se publicó un “Aviso urgente” por parte del Cuartel General de los Obreros Rebeldes anunciando medidas para evitar el caos económico en Shanghai, lo que también fue muy bien recibido por Mao, que se dispuso con el GCRC a redactar un telegrama de felicitación a los rebeldes de Shanghai, la primera comunicación pública del centro dirigida a una organización de masas, que fue leído el amanecer del 12 de enero por los emocionados obreros. Entretanto, toda la estructura organizativa de Shanghai fue usurpada y transformada por los rebeldes. El Partido y el Gobierno quedaron fundidos en una única organización, que fue formalmente bautizado como Comuna Popular de

Shanghai el 27 de enero, tomando como modelo la Comuna de París, si bien Mao mostró reservas sobre el modelo de Comuna, considerándolo demasiado débil, y el 23 de febrero se convirtió en Comité Revolucionario del Municipio de Shanghai.

Los eventos de Shanghai marcaron el camino a toda una oleada de tomas del poder por parte de grupos rebeldes en todos los niveles. Mao alentó a “aprender de la experiencia de Shanghai y pasar a la acción concreta” (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009). El 22 de enero, un editorial del *Diario del Pueblo* llamaba a las masas revolucionarias a formar una gran alianza y tomar “Todo el poder del partido, el poder político y el poder financiero” de las manos de “los revisionistas contrarrevolucionarios”. Con todo, estas instrucciones tenían amplias vaguedades sobre cómo identificar a los contrarrevolucionarios revisionistas, o que organización de masas debía tomar el poder (pues al fin y al cabo todas declaraban su lealtad hacia Mao), lo que sería una fuente de problemas. La diferencia entre rebeldes y conservadores en general quedaría marcada por si apoyaban al comité local del partido (conservadores) o lo pretendían derribar.

Los Guardias Rojos radicales fueron los que respondieron al llamamiento de Mao con mayor entusiasmo y empezaron a tratar de derribar los comités del partido en todas las organizaciones a su alcance. A nivel provincial, las tomas de poder tuvieron sin embargo un éxito limitado, pues fueron reconocidas sólo en las provincias de Heilongjiang, Shandong, Guizhou, y Shanxi, y en Pekín). Incluso tuvieron lugar asaltos a diversos ministerios (Barnouin & Yu, 1993)

A partir de este momento, el ejército pasará a tener una gran influencia en el transcurso de la Revolución Cultural, y su apoyo o falta de él a las tomas de poder determinará en buena medida el éxito de las mismas. El 28 de enero se emitió la llamada Orden de los Ocho Puntos, que prohibía que las organizaciones de masas asaltaran las instalaciones militares, y se indicaba que el ejército tenía que participar en la Revolución Cultural de manera restringida y postergada para evitar que estuviera todo el ejército implicado al mismo tiempo, especialmente en las provincias fronterizas, así como órdenes para suprimir los grupos y elementos derechistas y contrarrevolucionarios. Sin embargo, la vaguedad de la orden, que no determinaba cuáles organizaciones eran izquierdistas y cuáles no, llevó a diversas interpretaciones por parte de los líderes militares locales y provinciales, que generalmente la entendieron como un intento de

mantener el orden. Como resultado, se produjeron diversas represiones por parte del ejército de Guardias Rojos radicales y grupos rebeldes. La más destacada fue la de Xinning, Qinghai, donde la ocupación por parte de los Guardias Rojos del *Diario de Qinghai* fue suprimida por el ejército causando casi 200 muertos. En general, el ejército apoyó con sus acciones a los conservadores, lo que se identificó con la “contracorriente de Febrero” (intento de altos cargos veteranos del partido de reaccionar contra el GCRC, aduciendo que la Revolución Cultural había ido demasiado lejos, y fueron finalmente purgados). Ante esto, Lin Biao emitió el 6 de abril la “Orden de los Diez Puntos”, aprobada por Mao, según la cual se prohibía explícitamente al ejército usar la fuerza contra las organizaciones de masas.

Hacia verano de 1967, los conflictos entre rebeldes y conservadores habían crecido en escala y violencia hasta llegar al punto de una guerra civil generalizada en toda China. El incidente de Wuhan fue el de mayor relevancia. En esta ciudad de la China central se encontraba la sede de la Región Militar homónima, comandada por el general Chen Zaidao, que había estado suprimiendo las organizaciones rebeldes. La “Orden de los Diez Puntos” provocó un giro en la situación, y los estudiantes rebeldes se reagruparon y salieron a las calles acusando a Chen Zaidao de ser un representante de la contracorriente de Febrero. La situación se volvió extremadamente tensa. Los conservadores se agruparon en la formación llamada “el Millón de Héroe” por su supuesta membresía. Formaban parte de ella la mayor parte de cuadros del partido, además de grupos de obreros y estudiantes. El Millón de Héroe defendía la línea de la Región Militar y negaba la necesidad de una revolución cultural en Wuhan.

Los rebeldes realizaron una serie de sentadas y huelgas de hambre a partir de mayo que pronto derivaron en sangrientos enfrentamientos armados, que culminaron el 24 de junio con la conquista del cuartel general de los obreros rebeldes por parte del Millón de Héroe. En julio, Mao decidió realizar una gira por China, haciendo su primera parada en Wuhan. La llegada de Mao fue precedida, debido a la situación todavía caótica de la ciudad, por la llegada de Zhou Enlai, Xie Fuzhi y Wang Li, que debían solucionar el conflicto existente. Mao llegó de incógnito y no reveló públicamente todavía su presencia allí. Las conclusiones de Mao sobre la situación fueron que la región militar había cometido un error de orientación, los rebeldes eran verdaderos revolucionarios, y el

Millón de Héroe era una organización conservadora. Mao personalmente logró que Chen Zaidao realizara una autocrítica. El día 19 de julio, Xie Fuzhi y Wang Li realizaron un discurso en el que exponían las conclusiones de Mao. El discurso fue muy mal recibido, y se produjo una reacción por parte de los sectores conservadores del partido y de las fuerzas armadas. La madrugada del día 20, miembros de las fuerzas armadas asaltaron la residencia de la delegación (sin conocer la presencia de Mao) y secuestraron a Wang Li. Mao y el resto tuvieron que huir precipitadamente. Los días siguientes se produjeron grandes manifestaciones por parte del Millón de Héroe y las fuerzas armadas, en lo que fue la mayor manifestación en contra de la Revolución Cultural, siendo la primera vez que el ejército colaboró abiertamente con una organización oficialmente conservadora, en desafío al centro (Barnouin & Yu, 1993).

Wang Li pudo ser rescatado, y Chen Zaidao y otros otros oficiales fueron llamados de inmediato a Pekín, donde fueron sometidos a una intensa sesión de lucha y reemplazados de sus puestos. Otras divisiones de las fuerzas armadas se desplazaron a la región militar de Wuhan y tomaron el control, mientras que el Millón de Héroe se derrumbaba y los rebeldes procedieron a atacar a los derrotados, causando más de 600 muertos.

El incidente de Wuhan fue el caso más importante de una guerra civil que se desarrolló en toda China durante el verano, y el mayor alzamiento en contra de la Revolución Cultural por parte de la clase dirigente político militar (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009). La violencia del verano fue fomentada por la dialéctica incendiaria del GCRC. Jiang Qing, en particular, acuñó en Henan el eslogan “Atacad con motivo, defended con fuerza”, que fue inmediatamente seguida de choques armados que causaron 37 muertos. Schoenhals (2005) hace caer la mayor parte de la culpabilidad sobre Mao, a través de la política de “armar a la izquierda”. Esta política nació de la percepción de Mao de que la mayor parte del ejército apoyaba a la derecha, y había que poner un contrapeso. Fue formulada por primera vez el 18 de julio en Wuhan y puesta en práctica en Shanghai, donde el 4 de agosto una fuerza de obreros radicales armados desalojaron a una facción conservadora de la planta de motores diésel. Tras el éxito de este experimento, se produjeron confiscaciones de armas por parte de todo el país, y varias unidades del ejército recibieron órdenes de proporcionar armas a los rebeldes, lo que tuvo como

consecuencia un enorme aumento de la violencia y la mortalidad. En Sichuan, centro de la industria armamentística, las consecuencias fueron extremadamente dramáticas. En un batalla por Luzhou, a principios de septiembre, alrededor de 2.000 personas murieron, mientras que una batalla anterior en la misma ciudad y con similar composición de ambos bandos apenas había causado cuatro muertos (Schoenhals, 2005). La política llegó a su fin el 4 de septiembre, cuando Mao prohibió explícitamente la entrega de armas por parte del ejército a ningún grupo, posiblemente temiendo que el caos causado quedara fuera de control (Schoenhals, 2005).

El fin de los movimientos de masas

Tras el verano, Mao utilizó a los militares para reconstruir la estructura estatal, lo que llevaría a estos a ejercer un papel enorme en la política civil. Ya en mayo, ante la proliferación de luchas entre grupos rebeldes rivales en los ministerios como resultado de las luchas de poder que impedían el desarrollo de su labor, Mao hizo intervenir al ejército, que tomó el control total o parcial de los ministerios, lo que probablemente iba en contra del orden de cosas deseado por Mao y en contra del principio maoísta de que el Partido debía gobernar la pistola y no al contrario. Hacia otoño de 1967, Mao trató de poner fin a la guerra civil generalizada con la purga del grupo del 16 de Mayo (una supuesta conspiración ultraizquierdista) y el llamamiento a las organizaciones revolucionarias a formar grandes alianzas, que constituirían comités revolucionarios. Estos comités aunaban el comité del partido, el gobierno y el aparato legal, y debían combinar elementos del ejército, las organizaciones de masas y los cuadros veteranos supervivientes (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009) Sin embargo, el ejército fue el elemento más beneficiado del proceso y ejerció un papel protagonista en la formación de los comités revolucionarios (recurriendo a la fuerza en algunos casos, como el de Guangxi), alcanzando el mayor poder y representación dentro de éstos. En Guangdong, Liaoning, Shanxi, Yunnan y Hubei, los oficiales presidían entre el 81 y el 90 por ciento de los comités por encima del nivel de distrito (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009).

En este proceso le llegó el fin a las organizaciones de Guardias Rojos, inmersos en las luchas faccionarias. No estaban divididos en líneas ideológicas, sino que luchaban por la toma del poder dentro de la Revolución. En Pekín destacaron las facciones del Cielo,

basada en Beida, Tsinghua y el instituto de Aeronáutica, y la facción de la Tierra, basada en la Universidad Normal Jिंगgangshang y el instituto de Geología (Walder, 2009). Tras estar las clases cerradas durante más de un año y medio, la disciplina de los estudiantes cayó en picado y muchos Guardias Rojos ociosos se unieron a bandas armadas para participar en la violencia callejera. Mao Zedong, para tratar de restablecer el orden, recurrió en verano de 1968 a enviar equipos de trabajo. El equipo que llegó a la Universidad de Tsinghua fue recibido por Guardias Rojos bajo las órdenes de Kuai Dafu, que abrieron fuego contra ellos. El equipo de trabajo sufrió cinco muertos y numerosos heridos (R.MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009).

Este incidente convenció a Mao de que había perdido definitivamente el control sobre los Guardias Rojos. Ahora temía que los grupos de obreros, respaldados por los militares, tomaran ese mismo camino. Por tanto, los Guardias Rojos debían ser disciplinados con mano dura. El 28 de julio, Mao se reunió con los principales líderes de la Guardia Roja de Pekín (Nie Yuanzi, Tan Houlan, Han Aijing, Kuai Dafu y Wang Dabin). Mao criticó duramente a los Guardias Rojos y les comunicó su inminente disolución (R.MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009).

La disolución se llevó a cabo de dos maneras. Por un lado unidades del ejército tomaron el control en los campus. Por el otro, muchos Guardias Rojos fueron trasladados al campo para convertirse en campesinos y obreros corrientes. Durante los siete años siguientes, 12 millones de jóvenes urbanos, incluyendo los líderes de los Guardias Rojos, fueron enviados al campo. Constituían un 10% de la población urbana, y en Shanghai fue desplazada hasta un 17,9% de su población. La mayoría fueron desplazados dentro de su propia provincia de origen, pero muchos, especialmente de las ciudades donde hubo más violencia como Shanghai, Pekín, Tianjin o Wuhan, fueron enviados a provincias periféricas como Mongolia Interior, Xinjiang, Yunnan y Heilongjiang (R.MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009).

La medida de enviar jóvenes urbanos al campo llevaba tiempo implantada, como un paso para llevar la revolución cultural al campo. En 1964 ya se enviaron 320.000 jóvenes al campo después de licenciarse. Lo novedoso en 1968 fue el alcance extraordinario de la medida. El nombre de “Guardias Rojos” perduraría hasta 1978 en los institutos y escuelas, como sucesores de la Liga de las Juventudes Comunistas y de los Jóvenes Pioneros. Pero

como movimiento había sido definitivamente disuelto aquel verano de 1968 (R. MacFarquhar & M. Schoenhals. 2009).

La violencia, sin embargo, no había cesado todavía, y prosiguió en forma de la campaña para “limpiar las categorías de clase”, que buscaba eliminar todos los posibles enemigos de los nuevos comités revolucionarios: renegados, agentes secretos, capitalistas, terratenientes sin reformar, campesinos ricos, contrarrevolucionarios, malhechores, derechistas y “contrarrevolucionarios recientemente surgidos” (Barnouin & Yu, 1996). Coordinado por el GCRC y ejecutado por los propios comités, derivó en una caza de brujas a gran escala, una nueva oleada de terror rojo, de mucha mayor magnitud que la llevada a cabo por los Guardias Rojos en 1966. A diferencia de otros movimientos de la Revolución Cultural, tuvo un gran impacto en la China rural, produciéndose numerosas masacres. La magnitud de las persecuciones y los asesinatos llevó incluso a Mao a considerar que el movimiento estaba yendo demasiado lejos. Criticó los criterios excesivamente amplios, las confesiones obtenidas bajo tortura y, en una ocasión, defendió que la mayoría de seguidores del camino capitalista no eran realmente malos, sino equivocados, y que se les podía re-educar. Sin embargo, sus llamadas a la moderación cayeron generalmente en saco roto. (Barnouin & Yu, 1996). No hay cifras exactas sobre el número de víctimas, pero se ha estimado que, sólo en la China rural, podrían haber habido entre 750.000 y 1,5 millones de asesinatos (R. MacFarquhar & M. Schoenhals. 2009).

La primera fase de la Revolución Cultural concluyó oficialmente con la celebración del noveno congreso del Partido Comunista Chino en abril de 1969, en el que se llevó a cabo la reorganización del aparato del Partido, casi destruido en los años anteriores, la confirmación del ascenso de Lin Biao y a un importante aumento de la influencia del ejército. Planteado como una conclusión definitiva de la Revolución Cultural coronada con la victoria de Mao, resultó finalmente en un acontecimiento de transición, y la Revolución Cultural se prolongaría durante siete años más. Como hemos visto, Mao utilizó sistemáticamente la movilización de las masas para lograr sus objetivos, fomentando la aparición de organizaciones de masas y dirigiéndolas contra un objetivo u otro aprovechando su ascendiente ideológica. Sin embargo, no siempre pudo mantener el control completo de la situación, con situaciones como la reacción conservadora en

Wuhan, y otros casos en los que las organizaciones de masas tomaron la iniciativa, por delante de las órdenes del centro. Muchas veces, las masas reaccionaron con entusiasmo al llamamiento de Mao, pero no actuaron simplemente como meros peones. El intenso faccionalismo dentro del movimiento revela una gran variedad de posturas y opiniones dentro de las organizaciones de masas, lo que ha sido interpretado como un reflejo de las tensiones sociales preexistentes, divisiones ideológicas o estrategia política en defensa de los propios intereses, tomando a menudo la forma de diferentes interpretaciones del pensamiento de Mao.

4. Interpretaciones

Durante la Revolución Cultural, Mao empleó sistemáticamente la movilización de las masas para llevar a cabo sus objetivos de purgar a los “capitalistas” y “revisionistas” del partido. Para ello, extrajo el máximo rédito de su posición de guardián de la ideología oficial. A través de los diarios oficiales, se transmitió una versión del pensamiento de Mao Zedong, que se propagó hacia los estudiantes, al mismo tiempo que se habilitaron nuevos canales de comunicación (como los *dazibao*, ya usados anteriormente en China, pero que adquirirán una nueva dimensión, o una comunicación más fluida con el centro) lo que favoreció la formación de organizaciones de Guardias Rojos y alternativas a la estructura de partido. Los estudiantes interpretaron el pensamiento de Mao Zedong y lo emplearon para oponerse a los grupos de trabajo.

Buena parte de los que siguieron la llamada de Mao y constituyeron organizaciones de masas rebeldes tendían a provenir de sectores sociales desfavorecidos y/o descontentos con el status quo⁴, como aquellos de familias de categoría contrarrevolucionaria, represaliados por los equipos de trabajo; en el caso de los trabajadores, normalmente los más precarios, los trabajadores temporales y los de menor categoría; en los cuadros del partido, aquellos de rango medio o bajo. A través de la ideología de la Revolución Cultural, encontraron la oportunidad de expresar sus problemas y descontento dentro del discurso maoísta y contra aquellos en el poder. Mao apoyó a los grupos desfavorecidos, si

⁴ Si bien a partir de los trabajos de Andrew G. Walder, se debe matizar mucho esta afirmación en lo tocante al menos a Guardias Rojos universitarios; se puede concluir con que la posición social no era el único factor.

bien cuidando de que no se desarrollaran demandas específicas que pudieran llevar a la creación de grupos de interés propios. Por tanto, las tensiones sociales se debían canalizar a través de los medios y la ideología de la Revolución Cultural.

Mao empleó a estos y otros grupos para avanzar en su proyecto de revolución cultural, apoyando según las circunstancias a unos o a otros explotando las diversas contradicciones sociales. Para atacar a la élite del partido, pasó de apoyar a los Guardias Rojos en general a los Guardias Rojos radicales en particular. Ante la falta de resultados de las tomas de poder, el conflicto civil y el riesgo de formación de un bloque conservador tras el incidente de Wuhan (Hong, 1979), pasó a apoyar al ejército, de tendencia conservadora, en contra de los radicales. Tras destruir el aparato del partido, Mao ordenó la reconstrucción de éste, aprovechando la capacidad organizativa del ejército, para restaurar el control desde arriba. En general, carecía de un plan maestro y, sin ejercer un control completo, manipulaba las dinámicas sociales para avanzar de acuerdo con las circunstancias y el cálculo político, ejerciendo el liderazgo de una manera difusa e indirecta, basada en instrucciones y comunicados de carácter amplio y vago en respuesta a las acciones de las masas o otros líderes, o en permitir e incluso promover conflictos durante un tiempo hasta intervenir personalmente en el momento decisivo. De esta manera, se permitía dirigir el movimiento llevando la dirección general y teniendo amplio margen de maniobra (Hong, 1979).

El papel personal de Mao al alentar, inspirar y guiar la Revolución Cultural fue sin duda una condición necesaria para que ésta se produjera. Sin embargo, también necesitó de la acción de las masas, en un modelo en el que la parte superior (Mao) y la inferior (los rebeldes) se alían en contra del medio (la burocracia del partido), siendo ambos necesarios y co-dependientes (hasta que Mao pasó a alinearse con el ejército) para llevar adelante el movimiento (Andreas, 2007) ¿Por qué los rebeldes respondieron de manera tan entusiasta a la llamada de Mao y actuaron de la manera que actuaron?

La Revolución Cultural como resultado de las tensiones sociales previas.

Existe una abundante historiografía sobre el asunto. En su estudio de 1978, *The*

Politics of the Chinese Cultural Revolution: a case study, Hong Yung Lee, utilizando fuentes primarias de los Guardias Rojos, concluyó que las organizaciones de masas radicales provenían de sectores no privilegiados, y que buscaban desafiar el status quo. Estas organizaciones actuaban según sus propios intereses, y se vieron envueltas en un complicado juego de alianzas basado en intereses mutuos que dificultó la resolución de conflictos y poner fin a la violencia. En 1980 Anita Chan, Stanley Rosen y Jonathan Unger publicaron un artículo conjunto titulado “Students and class Warfare: The social roots of the Red Guard Conflict in Guangzhou”, en el que encontraron correlación entre el trasfondo de clase de los padres de los estudiantes y su inclinación al activismo como Guardias Rojos. Llegaron a la conclusión de que las tensiones sociales anteriores a la Revolución Cultural provocaron la violencia de los Guardias Rojos, particularmente entre las facciones de Guardias Rojos originales (de buen origen) y los rebeldes. Anita Chan se extendería sobre el tema en su libro de 1985 *Children of Mao: Personal development and political activism in the red guard generation*, profundizó en el tema mediante las entrevistas de catorce antiguos Guardias Rojos con diferentes experiencias e interpretaciones, concluyendo que el sistema de socialización política basada en la escuela formó características personales autoritarias. Jonathan Spence, autor de *The search for Modern China* (1990), también culpó a las frustraciones de los estudiantes de mala categoría familiar, que se veían incapaces de progresar socialmente por esta razón, en un sistema político que potenciaba el miedo y el conformismo.

La creciente apertura de China permitió el acceso a grandes cantidades de nuevo material y oportunidades de concertar entrevistas con testigos y participantes de la Revolución Cultural. Fruto de este nuevo influjo, aparecieron obras como *New Perspectives on the Cultural Revolution*, una obra colectiva publicada en 1991. En uno de los artículos del libro, “*The Cultural Revolution as an Unintended Result of Administrative Policies*”, Lynn T. White III traza las causas de la extrema violencia de la Revolución Cultural al resultado indeseado de políticas administrativas que tensionaron enormemente la sociedad china.

Estas políticas administrativas se pueden resumir en tres: las etiquetas o categorías de clase (que más bien designaban grupos de estatus o categorías políticas que clases), la creciente dependencia de los jefes locales del Partido a través del sistema de unidades de

trabajo, y el frecuente uso de campañas masivas con objetivos políticos. Estas políticas fueron concebidas como soluciones a corto plazo, necesarias por la escasez de personal del partido en relación con sus muy ambiciosos objetivos, y aprobadas por la totalidad de los líderes del partido.

Las categorías políticas, aunque introducidas en 1953, empezaron a ser relevantes a partir de 1957 en la Campaña Anti-derechista, donde la etiqueta de “derechista” pasó a revestir una gran importancia en asuntos como la búsqueda de empleo, a la vez que la propia campaña instituía una política del miedo. El poder de los jefes locales de partido aumentó a raíz de la crisis económica que siguió al Gran Salto Adelante, debido a su creciente control del mercado de trabajo y el acceso a la universidad, con la destrucción de las alternativas. Los efectos acumulados de la combinación de estos tres elementos llevaba a una gran ansiedad e inseguridad a amplios sectores de la población, fomentaba el conformismo y la obediencia a autoridades locales. La gran importancia de las etiquetas de clase llevaba al descontento y a la oposición entre aquellos de mala categoría, que en muchas ocasiones ni siquiera sabían en qué se basaban, y aquellos de buena categoría que temían perder sus privilegios. Ello se reflejó en la lucha faccionaria, con aquellos de mala categoría apoyando mayoritariamente la facción rebelde a fin de conseguir cambios en el status quo y mejoras personales, aunque individuos de buena categoría se unieron a ambos bandos.

La importancia de los jefes de partido, nacida para maximizar la capacidad de acción de un personal escaso pero leal y competente, llevó a la proliferación del clientelismo, a la formación de pequeños reinos de taifas por parte de los jefes locales, y a una predisposición de sus dependientes o bien a seguir las órdenes del jefe en lo que concierne a la lucha de clases si se consideraban beneficiados por el sistema, o a atacarlo si se consideraban perjudicados. Por último, las campañas legitimaron el uso de la violencia para fines sociales y políticos. Si el estado empleaba de forma rutinaria el miedo y la violencia para lograr sus objetivos, resultaba natural que otros actores actuaran de la misma forma (White, 1991)

En esta línea, Shaoguang Wang (1996) pone el foco en factores estructurales que resume en tres clases: conflictos entre las masas y la élite, conflictos entre la élite, y conflictos entre las masas. En el primer caso, la propiedad estatal de los medios de

producción llevó al control de éstos por parte de una minoría de individuos en base a su posición en la estructura organizativa. Como resultado, los trabajadores no tenían un control real sobre los medios de producción. Esta “clase” de administradores formada por cuadros del partido formaba así un estrato social diferente al de la clase trabajadora, lo que llevaba a contradicciones. Sin embargo, esta división vertical quedaba oscurecida por los conflictos horizontales entre la élite y entre las masas.

La división entre la élite tiene su origen en las diferencias de origen y formación en este grupo. Con el triunfo de la revolución china en 1949, el Partido Comunista encontró que la mayor parte de sus cuadros tenían un nivel educativo bastante bajo (sólo un 11% tenían una educación de instituto o superior) y se veían incapaces de ocupar todos los puestos de la administración y la economía. Por ello tuvieron que mantener numerosos antiguos cargos de la administración del Guomindang, así como reclutar antiguos capitalistas por sus habilidades administrativas, y diversos especialistas provenientes en su mayor parte de la burguesía y que conformaban una clase de intelectuales. Como resultado, la élite estaba dividida entre los cuadros “políticos”, escogidos por su compromiso y su confiabilidad política, y los cuadros “profesionales”, escogidos por su conocimiento técnico. A partir de ahí se produce un conflicto entre ambos grupos sociales, representado en la oposición entre “rojo” y “experto”. Los cuadros profesionales afirmaban que eran los mejor preparados para ocupar todas las posiciones de importancia, discurso que tuvo su mayor expresión en el Movimiento de las Cien Flores de 1957 y sus feroces críticas al partido y la dirección por parte de cuadros políticos no profesionales. En contraposición, los cuadros políticos enfatizaron la importancia de la integridad política, lo que con frecuencia tuvo la forma de los orígenes familiares. Por ello, emplearon las categorías de clase contra los “profesionales”, lo que explica su creciente importancia desde 1957. Esta competencia tuvo su reflejo en la educación, donde los hijos de los cuadros políticos estaban inclinados a darle la máxima importancia al estatus de clase para competir con los hijos de cuadros “profesionales”.

El conflicto horizontal entre las masas que presenta Wang (1996) se puede relacionar con las políticas administrativas de categorías de clase, la importancia de los jefes locales y las campañas de movilización que traza White (1991). Las campañas de movilización masiva a las que debía recurrir el régimen por la falta de personal para lograr sus

objetivos más ambiciosos, dependía de las etiquetas de “activistas” y “elementos atrasados” como incentivos y castigos respectivamente por la movilización política. Estas etiquetas no correspondían exactamente con las categorías de clase (había elementos “rojos” etiquetados como “atrasados”), pero cumplían una función similar. El proceso de repartir las etiquetas de “activista” estaba en manos de los jefes locales a través de listas secretas de “obreros avanzados”, lo que llevó a problemas de favoritismo y clientelismo. Las etiquetas de “atrasado” frecuentemente se llegaban a atribuir por temas arbitrarios como la escasa asistencia a mitines políticos y, con la creciente politización de la vida social a partir de los 60, por muestras de comportamiento burgués, y a menudo por rencillas con el jefe de unidad. Con frecuencia los elementos más ambiciosos y los más críticos eran etiquetados como “atrasados” por esta razón.

De todos modos, la mayor parte de la población no entraba en los grupos anteriores, sino que constituían los “elementos medios”. A partir de los 60, con la politización antes mencionada, los elementos medios sufrieron una presión creciente para pasar a ser “activistas” bajo la amenaza de pasar a contarse entre los “atrasados”, al tiempo que los elementos “atrasados” perdían beneficios sociales. La falta de recursos y oportunidades derivada de su condición dificultaba que estos elementos mejorasen su condición. Por ello, los elementos “atrasados” conformaban un numeroso grupo social, sin nada que perder debido a estar ya etiquetados, y muy crítico con el status quo y especialmente con los jefes locales.

Sobre el papel de las categorías de clase, Lu Xiuyuan, en *A step towards understanding popular violence in China's Cultural Revolution* (1995) argumenta que la RPCh había logrado que el pueblo chino internalizara completamente su ideología, lo que incluía las categorías de clase. Por ello, el sistema de categorías de clase nunca fue realmente puesto en duda. Las personas etiquetadas con malas categorías de clase solían culparse a sí mismas y sumirse en la autocrítica, culpar a su familia o reclamar que había habido algún error, sin cuestionar la política fundamental. Por medio de la adición de una dimensión dinámica (prestar atención al comportamiento político de una persona con mala categoría de clase), muchas de estas personas trataron de redefinir su identidad y reformarse, involucrándose políticamente, o marchándose a las zonas rurales, a fin de demostrar una naturaleza revolucionaria.

La Revolución Cultural radicalizó el ambiente, pasando a ser completamente polarizado, haciendo estallar las contradicciones del sistema. Los Guardias Rojos originales impusieron un sistema de categorías de clase más estricto, basado completamente en el origen familiar y no en el comportamiento, bloqueando así la posible movilidad dentro del sistema. Junto a ello, el “terror rojo” que desataron atacó principalmente a “enemigos de clase” basados en dichas categorías, fundamentándose en la noción de lucha de clases. En contra de esto, se formó un intenso debate. El artículo de Yu Luoke “Teoría de orígenes” rechazaba completamente la categoría de clase basada en orígenes familiares, que calificó como “racismo”, y determinó el comportamiento como único criterio, todo ello justificado con citas de Mao. Por ello, muchas personas de orígenes “negros” se sintieron liberadas por Mao y apoyaron firmemente la línea revolucionaria maoísta uniéndose a los grupos rebeldes, en parte para redimirse a sí mismos, y adoptaron la ideología igualitaria radical maoísta. Los Guardias Rojos radicales usaron la noción de “lucha de clases” para atacar el status quo, y el antagonismo con Guardias Rojos originales y otras organizaciones conservadoras llevó al conflicto a gran escala y al derramamiento de sangre.

Un caso de estudio: el faccionalismo dentro de los Guardias Rojos

Como hemos visto, gran parte de las interpretaciones ponen énfasis en que la violencia de la Revolución Cultural es un reflejo de las fricciones y desigualdades sociales de su tiempo, especialmente en lo que concierne al uso de las categorías de clase. Se llega al punto de afirmar que la condición social previa a la Revolución Cultural determina el rol en ésta, lo que ciertamente requiere de cierto matiz. Un ejemplo claro son las interpretaciones tradicionales sobre un fenómeno concreto como el del faccionalismo entre los Guardias Rojos. En resumidas cuentas, la identidad y posición social de los estudiantes previa a la revolución cultural determinaba los intereses políticos y su posición en la lucha faccionaria durante ésta. Así, se identifican dos grandes facciones. La facción llamada conservadora se encontraba compuesta por miembros de los estratos privilegiados de la sociedad, esto es, hijos de miembros de cierto nivel del partido, y en muchas ocasiones miembros del partido ellos mismos, y que trataban de salvaguardar un orden social que les favorecía. Por el otro lado, la facción llamada radical, se encuentra

compuesta por individuos con un origen familiar poco destacable o incluso miembros de las clases “negras”, generalmente no miembros del partido ni de las ligas juveniles, y por tanto, sin las conexiones políticas que les permitirían ascender. Estos estudiantes veían en el “rebelarse es justo” de Mao una oportunidad para rebelarse contra un orden social que consideran injusto (Walder, 2009).

Así pues, siguiendo esta interpretación, los primeros Guardias Rojos provenían de familias privilegiadas dentro del régimen, familias “rojas”. Por ello se sentían los únicos legitimados a rebelarse como Guardias Rojos, como muestran las afirmaciones y discusiones sobre la teoría de la línea de sangre, que afirmaba que el hijo de un revolucionario sería también un revolucionario y que el hijo de un reaccionario sería también un reaccionario. Sus ataques iniciales iban dirigidos contra las categorías sociales “negras”, el sistema educativo, los 4 viejos y un pequeño número de revisionistas dentro del partido. Sin embargo, cuando a partir de finales de 1966 las denuncias empezaron a afectar a gran parte de los veteranos revolucionarios del partido, muchas veces los padres de los propios Guardas Rojos, por lo que empezaron a disentir cada vez más con el Grupo Central para la Revolución Cultural y muchos fueron arrestados (Luo Xu, 2010).

Por otro lado, a finales de verano surgió el grupo de los “rebeldes”, procedentes de familias de variados orígenes sociales, que pretendían mostrar su derecho a ser revolucionarios y participar en la revolución cultural. Por ello se comportaron de manera más radical y antiautoritaria, atacaron de forma amplia a muchos miembros del partido, desde las más altas posiciones hasta los cuadros locales, y con ello se ganaron rápidamente el favor de Mao y pronto deslizaron a los Guardias Rojos “conservadores”. Sin embargo ellos mismos sucumbieron a las luchas intestinas, que acabaron llevando a la disolución del movimiento (Luo Xu 2010).

Esta interpretación se fundamenta principalmente sobre dos evidencias. Por un lado, en los inicios de la Revolución Cultural, los Guardias Rojos estaban efectivamente compuestos por hijos de familias “rojas”, y la expansión masiva del movimiento después de agosto de 1966 comportó la introducción de estudiantes de otros orígenes familiares. Además una encuesta realizada sobre los Guardias Rojos de Guangzhou muestra una fuerte concentración de estudiantes de familias “rojas” en la facción conservadora, y una similarmente alta concentración de estudiantes de otras familias en la facción radical

(Walder, 2002).

Por otro lado, tenemos los frecuentes debates sobre los orígenes familiares, en los que algunos Guardias Rojos afirmaban que su origen de familia revolucionaria los predisponía a la lealtad hacia la línea proletaria del partido y eso los hacía los más apropiados para dirigir la Revolución Cultural, mientras que otros afirmaban que estas afirmaciones eran parte de un complot conservador para proteger a sus padres de las purgas en la Revolución Cultural (Walder, 2002).

En contra de esta interpretación, tenemos el trabajo de Andrew G. Walder sobre el faccionalismo de los Guardias Rojos de Pekín. A través del análisis del origen de faccionalismo, que es la entrada de los equipos de trabajo a las instituciones educativas, encuentra que el escenario no cuadra lógicamente con la interpretación anterior.

El origen del faccionalismo se encuentra en los equipos de trabajo enviados a las instituciones educativas y la reacción a ellos. Los equipos de trabajo eran acusados a menudo de proteger ciertos cargos del Partido de denuncias severas y de atacar a auténticos izquierdistas revolucionarios, por lo que la interpretación anterior a menudo asume que movilizaron los estudiantes de familias de “élite” para desviar la atención de los cargos del partido atacando elementos relativamente inofensivos de origen burgués y atacando a los estudiantes más revolucionarios. Sin embargo el estudio de los equipos de trabajo en Pekín muestra una imagen diferente (Walder 2002).

En primer lugar, los equipos de trabajo estuvieron lejos de tener un comportamiento uniforme. De este modo, se pueden dividir en conservadores, radicales y mixtos. Los equipos conservadores llevaron a cabo diversas purgas, pero el secretario del Partido y la estructura esencial de éste fueron considerados de confianza y se protegieron, atacando a los estudiantes que los denunciaran. Estos grupos se comportaban de acuerdo con lo asumido anteriormente, no obstante representaban a una minoría del total. Por otro lado, tenemos los equipos radicales, caracterizados por la purga extensiva del aparato del partido y su reemplazo por comités de estudiantes. Los conflictos fueron de naturaleza diferente, sobre la autoridad que podían ejercer los equipos de trabajo sobre estos comités. Por último, los equipos mixtos, donde se establecía una distinción entre la estructura de partido en un grupo “rojo” y uno “negro”, fomentando los ataques hacia el último grupo, pero protegiendo al primero (Walder, 2006). Además, las posturas de los grupos de

trabajo cambiaban rápidamente. Una primera oleada de equipos de trabajo fue mayormente conservadora. Sin embargo, la oposición hizo que buena parte de ellos se retiraran a mediados de junio, para ser substituidos por equipos más radicales. La oposición que encontraron estos nuevos equipos fue motivada principalmente por la autoridad que ejercieron sobre los estudiantes en cómo llevar a cabo los ataques a la estructura del partido, y por quién debía hacerse cargo de ello; por ejemplo, la cuestión de las medidas que podían tomar los estudiantes contra los elementos denunciados (maltrato físico...) fue causa de división (Walder, 2006).

Los cambios en los equipos de trabajo obligaban a los estudiantes a tomar decisiones en lo referente a colaborar o desacreditar los equipos de trabajo que no necesariamente tuvieran que reflejar su estatus social. Aquellos estudiantes asociados con la ahora derribada estructura de poder podían querer distanciarse de ellos y atacarles con celo revolucionario hasta chocar con el equipo de trabajo (Walder, 2002).

Las interpretaciones sociales sobre el faccionalismo de los Guardias Rojos inciden sobre el hecho de que los principales apoyos a los equipos de trabajo provenían de estudiantes de familias “rojas”. Sin embargo, en la oposición a los equipos de trabajo también nos encontramos que sus principales activistas provenían de los mismos orígenes familiares. Por lo tanto, ambos lados estaban dirigidos por estudiantes de familias bien posicionadas e implicadas políticamente (Walder, 2002)

Ante los conflictos con los estudiantes, los equipos de trabajo fueron retirados, reemplazados por comités estudiantiles controlados por los antiguos colaboradores de dichos equipos. En las universidades, la nueva situación reflejó las divisiones creadas por los equipos de trabajo. Por un lado, los antiguos colaboradores constituyeron la facción llamada “mayoritaria”, que si bien reconocía los errores de los equipos de trabajo pero rechazaba aceptar sus responsabilidades, mientras que por el otro, los oponentes a los equipos de trabajo, ahora la facción minoritaria, reclamaban que su oposición a los equipos de trabajo los convertía en auténticos revolucionarios y reclamaban una mayor cuota de poder. Cada facción unía a individuos de diferentes trasfondos familiares en torno a una nueva identidad política que había surgido alrededor de sus decisiones sobre los equipos de trabajo. Los grupos mayoritarios y minoritarios en cada centro se fueron asociando con sus análogos en otros centros hasta formar organizaciones conocidas como

los “segundos cuarteles generales” (mayoritarios), y los “terceros cuarteles generales” (minoritarios) (Walder, 2006). A medida que la conflictividad entre ambos grupos aumentaba, los minoritarios la llevaron fuera del campus y organizaron marchas sobre las oficinas ministeriales que habían enviado los equipos de trabajo, con manifestaciones, sentadas, huelgas de hambre e incluso asaltos a los edificios, demandando que los líderes de los equipos de trabajo fueran denunciados y sometidos a sesiones de autocrítica (Walder, 2002). Mao se fijó en estos grupos de la facción minoritaria, y envió a su hija Li Na a contactar con el grupo “Comuna Oriente es Rojo”, del Instituto Geológico de Pekín. Fue identificada fácilmente, y declaró que había sido enviada por su padre para averiguar sus motivos para chocar con los equipos de trabajo, estableciendo así una vía de comunicación directa entre Mao y la organización. Este proceso se llevó a cabo en otros campus por miembros menores del GCRC. De esta manera, el poder e influencia de los terceros cuarteles generales aumentó rápidamente (R. MacFarquhar & M.Schoenhals. 2009).

Mientras todo eso ocurría en las universidades, en los institutos de secundaria el panorama era muy distinto. Allí los opositores a los equipos de trabajo se alzaron con una clara victoria. Ello era debido a que, a excepción de los institutos vinculados a las universidades, los equipos de trabajo enviados estaban compuestos por cuadros de bajo rango, con lo que tenían menos que temer de las acusaciones que pudieran hacer a sus oponentes. Además, los elogios iniciales al movimiento de los Guardias Rojos por parte de Mao iban dirigidos a organizaciones de instituto opositoras, lo que les proporcionó un aura de legitimidad adicional. Por ello, los estudiantes que colaboraron con los equipos de trabajo fueron minoritarios, y no llegaron a formar una facción consistente (Walder, 2002).

Los Guardias Rojos de los institutos y la facción minoritaria de las universidades podrían haber llegado a aliarse, pero el curso de los acontecimientos llevó a que se enfrentaran. La campaña de destrucción de los Cuatro Viejos, lanzada a partir de agosto de 1966, llevó a una indiscriminada violencia y destrucción por parte de los Guardias Rojos. Esto conllevó críticas de muchos de los Guardias Rojos de instituto iniciales, que veían la violencia indiscriminada alejada de su visión de la Revolución Cultural y un posible medio de usar el movimiento para otros fines. En consecuencia, el primer cuerpo

de piquetes de la Guardia Roja fue creado el 25 de agosto, y otros grupos similares se formaron en los siguientes días. Estos grupos tenían como objetivo el mantener la disciplina, prohibir las palizas y humillaciones y los ataques arbitrarios a miembros y órganos del partido, y detener a los “falsos Guardias Rojos” que incurrieran en estas conductas. Entonces llegaron al enfrentamiento con los Guardias Rojos de la facción minoritaria en sus manifestaciones y ataques contra los ministerios, lo que llevó a que el cuerpo de piquetes de los Guardias Rojos de instituto se re-alineara en favor de la facción mayoritaria (Walder, 2002).

Pese a todo, la facción minoritaria le era útil a Mao para llevar a cabo purgas generalizadas dentro del aparato del partido. Con el creciente apoyo del Comité Central para la Revolución Cultural a la facción minoritaria, se formaron nuevos grupos de Guardias Rojos de instituto en oposición a los cuerpos de piquetes. El apoyo del GCRC quedó completamente evidenciado el 6 de octubre, tras lo cual los “minoritarios” atacaban a sus oponentes y tomaban el control de los centros educativos, mientras la facción mayoritaria se desintegraba (Walder, 2002). La facción minoritaria ahora victoriosa pasó a autodenominarse “rebeldes”, mientras que llamaron “conservadores” a sus oponentes. Un grupo de conservadores, reunidos en torno a la organización Acción Unida, trataron de resistir acusando al GCRV de dividir y suprimir el movimiento estudiantil, mientras seguían proclamando su lealtad a Mao, pero en diciembre de 1966 fueron arrestados y denunciados como reaccionarios y culpados de toda la violencia de los Guardias Rojos iniciales (Walder, 2002).

Esta diferencia de interpretaciones entre Walder y las que se basan en orígenes de clase es justificada en parte por Xiaowei Zheng (2006) como el resultado de las diferencias entre guardias rojos de instituto y de universidad y de la situación geopolítica de Pekín y Guangzhou. La mayor parte de los datos de la interpretación antigua provienen de estudiantes de instituto de Guangzhou, menos sensible a las señales políticas provenientes del centro, y donde testimonios de Guardias Rojos insistían en la importancia de la teoría de la línea de sangre y las etiquetas de clase como factores clave al unirse a los Guardias Rojos. Por tanto dicha interpretación es aún válida en dicha área.

En lo que respecta a los Guardias Rojos universitarios de Beijing, Zheng (2006) complica el panorama con su estudio de los Guardias Rojos de Tsinghua donde se pone

de manifiesto las convicciones ideológicas, y no sólo el interés propio, en la formación de las facciones de Guardias Rojos[. En Qinghua, Kuai Dafu lideró la resistencia a los equipos de trabajo y por ello fue represaliado, junto a otros opositores que fueron colectivamente etiquetados como “gente tipo Kuai”, generalmente caracterizados por una fuerte motivación política, preocupados por la justicia social y en contra de la burocratización del Partido y seguían su propia interpretación del pensamiento de Mao Zedong. Todos ellos eran de buenas categorías de clase.

Tras la retirada de los equipos de trabajo, un grupo de estudiantes que deseaba rehabilitar a la gente tipo Kuai Dafu creó la organización “Enlace 8 de Agosto” (en adelante, los ochos) y en respuesta los que habían apoyado a los equipos de trabajo y ahora estaban en el poder crearon el “Enlace 9 de Agosto” (los nueves). Cabe destacar que los estudiantes “ochos” no habían sido represaliados y tenían que defender sus intereses, sino que actuaban por convencimiento (Zheng, 2006).

El grupo de los ocho eventualmente se impuso y eventualmente se unificó con la gente de Kuai Dafu, que había formado su propia organización, en el Cuerpo Jingtangshan, con Kuai Dafu como líder. Sin embargo, las diferencias volvieron a surgir, provocadas por la percibida egolatría de Kuai Dafu, la entrada de antiguos “nueves” en Jingtangshan, y diferencias en torno al tratamiento de los cuadros del Partido en la universidad, que Kuai Dafu, apoyado por las organizaciones de profesores, se negaba a rehabilitar. Por todo ello, antiguos líderes de los ochos formaron el “Enlace 14 de Abril” (catorces), formalizando la ruptura. El conflicto entre ambas facciones se basó en un principio en debates ideológicos, donde cada bando defendía su interpretación de Mao. Los catorces se basaban en la fórmula de Mao de formar grandes alianzas y mantener algunos cuadros veteranos, mientras que el grupo de Kuai tenía posturas más duras. También se debatía la evaluación del pasado de Qinghua y por extensión de la República Popular, teniendo el grupo de Kuai una actitud mucho más iconoclasta. En estos debates muchos estudiantes desarrollaron y reconocieron su posición ideológica, y escogieron bando siguiendo sus propias convicciones, produciéndose numerosos cambios de bando.

La situación degeneró completamente a partir del verano de 1967, donde al calor de la creciente conflictividad en todo el país, ambos grupos se vieron impelidos a realizar cada vez acciones más radicales, culminando en la quema de la embajada británica,

debido a la presión competitiva para ganarse el apoyo del centro. Esto les llevó a ser más manipulables desde el centro y a desviarse en ocasiones de sus convicciones políticas. La competencia degeneraría en luchas armadas que finalmente llevaron a la disolución de los Guardias Rojos. Sin embargo, ambos grupos continuaron sistematizando su ideología, llevando a cabo sus propias interpretaciones de Mao, y entrando en polémicas. En suma, la militancia y el faccionalismo de los Guardias Rojos fue en ocasiones más allá del propio interés basado en orígenes de clase o relaciones con los equipos de trabajo, sino que las convicciones políticas sinceras (y no sólo como forma de legitimación) también jugaron un papel relevante (Zheng, 2006).

Actores racionales

Muchos estudios muestran que las masas participantes en la Revolución Cultural, los numerosos guardias rojos y miembros de otras organizaciones, no eran realmente masas irracionales que seguían ciegamente a Mao, sino actores racionales que defendían sus intereses, basados en problemas estructurales entre los que se destaca la política de categorías de clase. Shaoguang Wang, en su obra *Failure of Charisma* (1996), analiza el funcionamiento de la actuación racional. Wang afirma que si bien muchos se involucraron en la Revolución Cultural por miedo a las represalias o estrictamente para mejorar su posición personal, la mayoría se podrían calificar dentro de lo que denomina “verdaderos creyentes”, esto es, seguidores convencidos y sinceros de Mao. Sin embargo, estos también actuaban de una forma racional, movidos por intereses. Esto se puede vislumbrar por mediante el análisis de su comportamiento. Está la concentración de individuos de categorías “negras” en las organizaciones rebeldes, donde pueden obtener mayores beneficios sociales. A partir del verano de 1967, donde la posibilidad de obtener beneficios directos de sus acciones y del triunfo de su facción disminuían excepto para una pequeña fracción, muchos rebeldes abandonaron las filas y pasaron al grupo de indiferentes o *xiaoyaopai*, mientras que los activistas más involucrados y los líderes tenían o bien importantes perspectivas de progreso personal, o se encontraban demasiado comprometidos para poder abandonar.

También se puede ver la diferencia de objetivos entre Mao y los grupos rebeldes y radicales. Mientras que Mao y el GCRC buscaba revolucionar la superestructura para

transformar completamente la sociedad china, y a corto plazo, derribar a sus rivales en el liderazgo del Partido, la mayoría de rebeldes estaba interesada en su estatus sociopolítico. Los grupos rebeldes estaban más interesados en los asuntos a nivel local buscando una redistribución del poder a dicho nivel que les interesara, y mostraban poco entusiasmo en los asuntos del centro. Así pues, de acuerdo con las entrevistas realizadas por Wang, la campaña en contra de Liu Shaoqui no fue entendida ni apreciada por la mayoría de rebeldes. Si bien es cierto que realizaron numerosas acciones en contra de Liu y se publicaron gran cantidad de carteles, fueron meramente para demostrar compromiso revolucionario, sin un interés real detrás. Por ello se puede considerar un caso de “revoluciones paralelas” donde los intereses del centro y los rebeldes locales son paralelos pero no llegan a coincidir.

Las características del culto de la personalidad de Mao explican que los seguidores de éste emplearan su ideología para perseguir sus intereses, aunque fuera de manera inconsciente. Hay que considerar que un culto a la personalidad depende de los seguidores tanto como del ídolo, y éstos pertenecen a trasfondos muy diversos. Por tanto, desarrollan cada uno una visión y unos sentimientos hacia el líder diferentes. En última instancia, los seguidores buscan en el líder un mensaje relevante para sus propias vidas. Este mensaje es el elemento crucial de la relación ídolo-seguidor y es ampliamente interpretable, algo que se potencia en el caso particular de Mao. Mao no era un orador expresivo, realizó muy pocas apariciones públicas y nunca habló directamente con guardias rojos más allá de breves frases hasta el momento de la disolución del movimiento. Así, no había comunicación directa con sus seguidores y éstos no recibían clarificación sobre sus interpretaciones. Esto era en parte intencional, ya que la distancia podía incrementar la grandeza de su figura. Además, la validez del mensaje estaba más sujeta a ser rebatida cuando se trataba de un mensaje preciso, pero los mensajes proporcionados por Mao eran generalmente extremadamente vagos aún en sus conceptos clave. Por ejemplo, definía la Revolución Cultural como una lucha de clases, pero no llegaba a definir con precisión “clase”, ni tampoco el concepto de “aquellos en el poder que toman la vía capitalista”. Así, permitía a cualquiera que se definiera seguidor de Mao atacar a otros calificándolos de “enemigos de clase”.

La interpretación del mensaje de Mao se volvía especialmente necesaria cuando no

existían ideologías alternativas. Por tanto, la población china se vio forzada a desarrollar diferentes interpretaciones de la ideología oficial. Cada individuo desarrolló su propia imagen de Mao, formada en el contexto de su grupo social, cada uno de los cuales terminó desarrollando una imagen de Mao relativamente unificada entre sus miembros. Estas imágenes de Mao acababan reflejando las ideas, los resentimientos, las esperanzas y las expectativas de cada grupo, en un proceso que fue en su mayor parte inconsciente, debido a la represión del interés propio durante el maoísmo y especialmente en este período, con lo que la persecución de intereses privados se internalizaba internamente con la creencia que estaban buscando el interés general (Wang, 1996). En muchas ocasiones, las imágenes de Mao entre uno y otro grupo serán muy diferentes e incluso opuestas. Estos grupos usarán las mismas palabras de Mao y repetirán los mismos eslógans básicos, pero dándole un significado muy diferente, y todos ellos considerándose ser verdaderos seguidores de Mao. De esta manera, las diferentes interpretaciones, las diferentes imágenes de Mao, se utilizaron para expresar las tensiones latentes entre diferentes grupos sociales, ya explicadas anteriormente, que la Revolución Cultural hizo estallar.

A pesar de ser el líder y guía ideológico de la Revolución Cultural, Mao fue incapaz de mantener el control y fracasó al dirigir el movimiento que había puesto en marcha. En primer lugar, no hubo una correspondencia de objetivos, ya que las masas, si bien emocionalmente leales a Mao, estratégicamente perseguían sus propios intereses. Además, la Revolución Cultural carecía de un plan estratégico y el soporte teórico tras ella no era lo suficientemente sólido, pues no logró identificar concretamente a la clase burocrática a eliminar (Scharm, 1989) y atribuyó sus pecados a problemas de comportamiento moral, sin llegar a realizar una verdadera crítica sistemática (Walder, 1989), por lo que las recetas maoístas, basadas en el cambio ideológico y personal, eran incapaces de solucionar un problema estructural sin soluciones estructurales (Wang, 1996).

Otro problema fue el de la comunicación. El propio Mao destruyó numerosos vehículos de comunicación. El discurso público fue reducido a una serie de clichés dogmáticos, sin expresar las motivaciones reales en público. Los canales habituales de comunicación fueron anulados y en su lugar se formó una plétora de tabloides de las organizaciones de masas junto con comunicaciones desde el centro con su habitual estilo de vaguedad abierto a la interpretación. Esto generaba un caos de diferentes mensajes,

que impedía una coordinación efectiva desde el centro, y en su lugar daba la iniciativa a las organizaciones de masas. Por último, el mecanismo de implementación tenía serios defectos, al carecer de una organización que pudiera estructurar y coordinar el movimiento a niveles regional e inferior, impidiendo al centro controlar la dirección del movimiento. Se tuvo que recurrir a la crítica ideológica y a la movilización espontánea, que bajo las circunstancias de la revolución cultural, resultaba destructiva. Para mantener la ley el orden, el centro tenía que confiar en autoridades locales, que a menudo eran hostiles a los grupos rebeldes, lo que explica los cambios de izquierda a derecha, con la toma de control por parte del ejército que puso fin a la fase del movimiento de masas como ejemplo más claro.

5. Conclusiones

Una primera conclusión es que Mao fue un factor imprescindible para que se produjera la Revolución Cultural. El pensamiento Mao Zedong, concretamente la teoría de la formación de una nueva clase burguesa dentro del Partido que debe ser purgada, constituyó su base ideológica, sin la cual no tiene razón de ser. Además, la extrema violencia que impregnó la Revolución Cultural no es una característica indeseada producto de la pérdida de control sobre las masas, sino la consecuencia lógica de las ideas maoístas, tanto por su carácter paranoico como por su vaguedad, que permite múltiples interpretaciones que designen gran variedad de blancos, así como la formación de facciones contrapuestas con interpretaciones divergentes.

Además de proporcionar la base ideológica, Mao también es responsable de dar inicio a la Revolución Cultural, fomentar la movilización de las masas y dirigir las organizaciones de masas contra sus objetivos, dando apoyo a unos u otros según las circunstancias. En particular el asunto de “armar a la izquierda” hace a Mao directamente responsable de un recrudecimiento de las luchas que trajo muchísimas muertes. Sin embargo, también hay que tener en cuenta la acción de las masas, que muchas veces escapaban del control del centro y en diversas ocasiones tomaron la iniciativa, dando forma a la Revolución Cultural y obligando al centro a reaccionar. La participación de las masas hace importante responder a la pregunta de qué es lo que los movió a actuar así.

Los integrantes de las organizaciones de masas no se comportaban como meros peones guiados por una obediencia ciega, sino como actores racionales que actuaban siguiendo un interés. La intensa división en facciones que padecieron las organizaciones de masas es una muestra de la variedad de intereses que confluían, basados en las tensiones sociales preexistentes, ideología política o puro interés estratégico. Las tensiones sociales existentes en la sociedad china fueron un factor muy importante en la actuación de los movimientos de masas, ya que explican al menos en parte la motivación de sus integrantes y su faccionalismo. Las políticas de la República Popular China contribuyeron a crear esas tensiones sociales, en especial mediante la práctica del etiquetado de clases, dividiendo a la sociedad en clases “buenas” o rojas y “malas” o negras. Estas políticas fueron apoyadas y aplicadas no sólo por Mao sino por el Partido en conjunto. En definitiva, Mao tiene un alto grado de responsabilidad por proporcionar la base ideológica y sus acciones, pero no hay que olvidar que también fue necesaria la participación de las masas, que se vio motivada por tensiones sociales latentes en parte causadas por las políticas del propio Partido Comunista.

6. Bibliografía

Andreas, J.. (2007). The Structure of Charismatic Mobilization: A Case Study of Rebellion during the Chinese Cultural Revolution. *American Sociological Review*, 72(3), 434–458. Retrieved from <http://www.jstor.org.sare.upf.edu/stable/25472471>

Barnouin, B. and Yu, C. (1993). *Ten years of turbulence*. London: Kegan Paul International.

Esherick, J., Pickowicz, P. and Walder, A. (2006). *The Chinese cultural revolution as history*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.

Forster, K. (1986). Repudiation of the Cultural Revolution in China: The Case of Zhejiang. *Pacific Affairs*, 59(1), p.5.

Joseph, W., Wong, C. and Zweig, D. (1991). *New perspectives on the Cultural Revolution*. Cambridge, Mass.: Council on East Asian Studies/Harvard University.

Jung Chang. (1993). *Cisnes Salvajes*. Barcelona: Circle.

Lee, H. Y. (1979). Mao's Strategy for Revolutionary Change: A Case Study of the Cultural Revolution. *The China Quarterly*, (77), 50–73. Retrieved from <http://www.jstor.org.sare.upf.edu/stable/653089>

Liang, H. and Shapiro, J. (1983). *Son of the Revolution*. New York: Knopf.

Luo Xu (2010): From revolutionary rebels to a thinking generation: a reflection on China's Red Guard movement of the mid- 1960s, *The Sixties: A Journal of History, Politics and Culture*, 3:2, 143-162

R. MacFarquhar & M.Schoenhals. (2009). *La revolución cultural china*. Barcelona: Crítica.

Schoenhals, M.. (2005). "Why Don't We Arm the Left?" Mao's Culpability for the Cultural Revolution's "Great Chaos" of 1967. *The China Quarterly*, (182), 277–300.

Schram, S. (1989). *The thought of Mao Tse-Tung*. Cambridge [Cambridgeshire]: Cambridge University Press.

WALDER, Andrew G. (2009), *Fractured Rebellion: The Beijing Red Guard Movement*, Cambridge (MA): Harvard University Press.

Walder, A. G.. (2002). Beijing Red Guard Factionalism: Social Interpretations Reconsidered. *The Journal of Asian Studies*, 61(2), 437–471. <http://doi.org/10.2307/2700297>

Walder, A. G.. (2006). Ambiguity and Choice in Political Movements: The Origins of Beijing Red Guard Factionalism. *American Journal of Sociology*, 112(3), 710–750. <http://doi.org/10.1086/507854>

Wang, S. (1995). *Failure of charisma: The cultural revolution in China*. Hong Kong: Oxford University Press.

Xiuyuan, L. (1994). A Step Toward Understanding Popular Violence in China's Cultural Revolution. *Pacific Affairs*, 67(4), p.533.
